

RAIMUNDO LULIO



PAGINAS BRILLANTES

RAIMUNDO LULIO

UNA VIDA DE MÁRTIR

PAGINAS BRILLANTES
DE LA HISTORIA

RAIMUNDO LULIO

UNA VIDA DE MÁRTIR

NARRADA A LOS NIÑOS

POR

ANTONIO MARTÍNEZ TOMÁS

Con ilustraciones de ALBERT



Publicado por la Casa Editorial ARALUCE
Calle de las Cortes, 392 :: BARCELONA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Es propiedad del Editor

ÍNDICE

Páginas

Prólogo.	VII
I.—De cómo fué el padre de Raimundo Lulio a Mallorca y nació nuestro héroe en la isla dorada	11
II.—La vida real de Raimundo Lulio.	21
III.—De los encontrados afanes del siglo y su influencia sobre Raimundo Lulio.	35
IV.—La transmutación de Raimundo Lulio	47
V.—Raimundo Lulio regresa a su tierra natal.	55
VI.—Se realiza el segundo deseo.	64
VII.—La vida atormentada de Raimundo	69
VIII.—Continúan las andanzas de Raimundo Lulio.	77
IX.—Nuevo viaje a la conquista de infieles.	96
X.—La gesta de los seis años	103
XI.—El fin de una vida gloriosa.	123
XII.—Acerca del culto sagrado y público que se tributó el beato Raimundo Lulio.	133

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

A su lado caminaban dos viejos santones musulmanes. Frontis

Páginas

estos ricos hombres que veis aquí muertos...	19
Andaba como si no pisara el suelo	33
Raimundo, inflamado en su ansia...	57
... la sorpresa que la reina tuvo al reconocer....	80
Rodeado de guardianes salió de la cárcel Raimundo.	87
El verdadero servidor de Dios, contestó Raimundo.	110
Me llamo Raimundo Lulio.	116
...cerca de la isla de Cabrera entregó Raimundo,	131

PRÓLOGO

Raimundo Lulio es uno de aquellos hombres de genio poderoso que contribuyeron al esplendor fulgurante y magnífico con que brilló España en los pasados siglos.

La mística universal se enorgullece con la figura egregia del mártir español, cuya vida es el más alto ejemplo de humildad y de fervor cristiano, al propio tiempo que modelo de sacrificios y abnegaciones generosas.

El beato Raimundo Lulio nació en Mallorca, de padre catalán y madre mallorquina.

Su larga existencia estuvo llena de andanzas y peregrinaciones que le hicieron correr buena parte de las cuatro partes del mundo, entonces conocidas. Su talento, vivaz y agudo, después de manifestarse ingenioso y mundano durante la primera parte de su vida, en la que fué Raimundo un caballero más dado a la aventura y a la pendencia que a la meditación y a

la vigilia, se manifestó después reflexivo y profundo, lleno de iluminadas exaltaciones, cuando vuelta a él la fé y el perdido fervor, se convirtió en un ejemplar expiador de sus pasadas culpas.

Lulio dió en su vida múltiples y diversas pruebas de su valor: como poeta de amplio vuelo lírico y escritor brillante, como monje de excelsas virtudes, como organizador y estimulador de la creación de órdenes monásticas.

Su campaña en pró de la conversión de infieles, fué tan constante, tan arriesgada y tan titánica que en este terreno su esfuerzo sólo puede compararse al de los apóstoles.

Desdeñando los peligros y las asechanzas, Raimundo Lulio recorrió todas las latitudes propagando las doctrinas de Cristo, y predicó ante gentes de todas las razas y de todas las religiones proclamando las verdades de la nuestra.

Lulio cultivó con hábil maestría la lengua latina y la lengua catalana. Esta última, en aquellos años en que se estaban formando los idiomas peninsulares, parecía que iba a predominar sobre todas las otras, porque estando unida al carro triunfal del rey Jaime I, que extendía por grandes extensiones de la península las glorias de la confederación catalano-aragonesa, amenazaba con asumir el predominio.

Los libros de Raimundo Lulio, tanto los escritos en latín como en romance catalán, son de un alto y apreciadísimo valor. En ellos, no sólo se mostraba Raimundo como poeta de soberana inspiración, sino también como polígrafo eminente y gran filósofo, para el que las artes y las ciencias eran de un predilecto cultivo.

Pero la consagración más alta de su vida, la ejecutoria más ilustre, la conquistó Lulio con su muerte, fin trágico de una vida gloriosa.

Lulio, que vivió muchísimos años como un santo, tenía que morir como un mártir; y así murió, sin duda por merced del Altísimo.

Ante el bárbaro suplicio a que lo sometieron los infieles, irritados por las predicaciones de nuestro héroe, Lulio dió sus últimas pruebas de abnegación y firmísimo valor. Ni un solo momento invadió su ánimo la flaqueza ni el temor.

—Esta muerte que me dais—le decía a sus crueles atormentadores—es como una liberación eterna.

Y sin una claudicación ni un gesto de impiedad, el mártir entregó su alma redimida por la vida ejemplar y por el martirio.

La vida de Lulio, es tan sugestiva y está tan llena de hechos interesantes, que con frecuencia la leyenda se ha mezclado en ella con la historia real, deformándola poéticamente.

De aquí que la figura de Lulio, más exalta-

da por los poetas que estudiada por los historiadores, aparezca en algunas ocasiones un poco borrosa.

Esta narración de su vida que ofrecemos a nuestros jóvenes lectores, está más sujeta a la relación de los hechos reales comprobados que a las fantasías de los poetas, si bien en algunos momentos no podemos abstraernos de recoger ecos legendarios que por su belleza o por lo que contribuyen a destacar la figura lulliana, consideramos de interés.

De la hermosa vida del mártir mallorquín, se deducen provechosas enseñanzas y bellos ejemplos de virtud y de abnegación para la juventud, a la cual dedicamos nuestro modesto trabajo.

A. M. T.

DE CÓMO FUÉ EL PADRE DE RAIMUNDO
LULIO A MALLORCA Y NACIÓ NUESTRO
HÉROE EN LA ISLA DORADA



uenta don Jaime I el Conquistador, en su historia escrita por él mismo en lemosín, que hallándose en Tarragona, año y medio después de haber dado cima a los negocios del condado de Urgel, acudieron muchos nobles y caballeros, entre los cuales hallábase Raimundo Lulio, de esclarecido linaje. Y convidado a comer el rey de Aragón y cuantos le acompañaban por Pedro Martel, ciudadano de Barcelona y muy experto marino, se entabló, a los postres, conversación general. Preguntaron algunos

a Pedro Martel, que había sido cómitre de galeras, qué tierra era Mallorca y cuánta extensión podía tener aquel reino, a lo que él repuso :

—Alguna razón puedo daros, pues he estado allí más de una vez.

Y tras de esto se extendió en una pintoresca descripción, sin que acabaran nunca sus elogios de la isla dorada.

Acabado el banquete, un grupo de los caballeros invitados se acercó a don Jaime, diciéndole :

—Señor. Pedro Martel nos ha dado muchas noticias de una isla que tiene por nombre Mallorca, en la cual hay un rey que tiene bajo su dominio otras islas llamadas Menorca e Ibiza. La voluntad de Dios no puede torcerse y así quisiéramos que fuese de vuestro agrado pasar allá a conquistar aquellas islas por dos razones : la primera por lo mucho que en ello ganaríamos nosotros y vos, y la segunda, por lo que se admiraría el mundo de que fueseis mar adentro a conquistar un reino.

A lo que el rey contestó :

—Mucho nos satisface el que estéis for-

mando tales proyectos y no se perderá por mí el que no se cumplan.

Con efecto, allí mismo convocó para Barcelona Cortes generales, a las que debían concurrir en su día el arzobispo de Tarragona, los obispos, los abades y los ricos hombres que a ello tenían derecho.

En el día señalado, se reunieron las cortes en el palacio que había mandado edificar el conde de Barcelona. El rey, una vez congregados, les dijo :

—Rogamos a Dios Nuestro Señor y a su Santísima Madre la Virgen María que cuanto os digamos sea para mayor honra de Nos y de vosotros que nos escucháis y sobre todo del agrado de Dios y de su Santa Madre y Señora. No ignoráis que Nos somos vuestro señor natural, que no tenemos ningún hermano y que al llegar entre vosotros, niño todavía, a la edad de seis años y medio, hallamos revueltos los estados de Aragón y Cataluña, en guerra unos vasallos con otros, desavenidos todos y teniendo cada uno encontradas pretensiones. Tales daños no podemos Nos evitarlos sino por la voluntad de Dios y vuestra ayuda. Por esto os he reuni-

do para que me deis vuestro consejo y concurso para tres cosas.

Primeramente, para que podamos poner en paz nuestra tierra; en segundo lugar para que podamos servir al Señor en la expedición que tenemos pensado hacer contra el reino de Mallorca y demás islas adyacentes y por último para que nos digáis de qué manera podrá redundar esta empresa en mayor gloria de Dios.

Deliberaron separadamente los tres brazos y nuevamente reunidos, al siguiente día, habló el primero Guillermo de Moncada, quien dijo:

—Señor, a vos os envió Dios para que nos gobernéis y nos destinó a nosotros para que os sirviéramos fiel y lealmente. Mal cumpliríamos con nuestro deber si no procuráramos con todas nuestras fuerzas, acrecentar vuestra prez y vuestra honra, porque al fin nuestra ha de ser vuestra gloria y a nosotros nos ha de alcanzar asimismo vuestro provecho.

—Por lo mismo, contestando a los tres puntos que nos habéis propuesto os decimos que pongáis en paz vuestras tierras y que os ayu-

daremos con todas nuestras fuerzas para que podáis llevar a buen término la empresa que proyectáis.

Siguió su discurso indicando lo que debía hacerse—que era ordenar paz y treguas por toda Cataluña, que estaba seguro de que por todos serían aceptadas—y ofreciendo que él y los de su linaje le servirían con cuatrocientos caballos armados hasta tanto que hubiera conquistado Mallorca, sin separarse de su lado hasta dejar del todo terminada la conquista.

En igual tono y con iguales ofrecimientos hablaron otros caballeros, siendo de los más expresivos y entusiastas el discurso del arzobispo de Tarragona, quien comenzó con las palabras de Simeón al recibir el Señor en sus brazos :

—«Han visto mis ojos tu salud...» y así los míos ven la vuestra. Lo que añado yo a tales palabras—continuó el arzobispo—ya sé que la escritura no lo dice y es que viendo vuestra salud vemos la nuestra, que consiste en que ya hacéis buenas obras cuando empezáis a obrar...

Acordado, en fin, llevar adelante la em-

presa, se extendió escritura sobre el repartimiento de las tierras y de cuanto en la conquista se ganase y se fijó la fecha de mediados de Mayo para darse a la vela los conquistadores, saliendo del puerto de Salou.

Hechos todos los preparativos, la escuadra reunida zarpó en el día señalado. Iba primero la nave de Bovet, llevando por faro una linterna para servir de guía. La de Carroz seguía a retaguardia, con otro fanal que servía de señal. Finalmente, las galeras marchaban formando círculo en torno de la armada. Cuando se les agregaron las naves salidas de Tarragona, el espectáculo debía ser maravilloso y don Jaime cuenta que «gozaba contemplándolo, pues la mar llegaba a parecer blanca por la multitud de velas que por doquiera se descubrían».

Después de algunos incidentes, en los que claramente se veía que la Providencia favorecía los designios del gran rey, arribaron todas las naves al puerto de Palomera. Desde allí, con gran sigilo para no alarmar a los sarracenos que tenían su ejército de más de cinco mil hombres, con doscientos de a caballo, acampados en la costa, se enviaron por

la noche dos galeras exploradoras hacia Mallorca. Siguiéronlas después todas, logrando entrar en el puerto sin que los sarracenos se dieran cuenta.

Viéronles luego los enemigos y comenzaron a correr moviendo gran algarabía y digigiéndose a la playa, pero los conquistadores desembarcaron antes de que aquéllos pudieran impedirlo. Los primeros que saltaron a tierra fueron don Nuño y Raimundo de Moncada, los templarios Bernardo de Santa Eugenia y Gilberto de Cruilles y varios caballeros, entre los cuales se hallaba Raimundo Lulio, quienes ganaron la mano a los sarracenos, tomando aquella colina cercana al mar con la ayuda de setecientos peones cristianos.

Llevaban los cristianos como cincuenta hombres de a caballo, frente a los cuales se alinearon los sarracenos en orden de batalla, formando un número como de cinco mil de a pie y doscientos de a caballo.

Pasó a explorarles Raimundo de Moncada, quien se adelantó solo y con precaución de que nadie le siguiera hasta que estuvo

muy cerca de ellos y al verles llamó a los suyos, gritando :

—Acuchillémosles, que nada valen.

Corrieron los cristianos, y al frente de ellos Raimundo de Moncada y Raimundo Lulio y faltaría sólo la distancia de unas cuatro astas de lanza para llegar a ellos, cuando volvieron los sarracenos las espaldas y huyeron.

Siguieronles los nuestros con mayor ardor y en la fuga, en razón de que ninguno quería dejarse prender, murieron más de mil quinientos sarracenos, tras de lo cual los cristianos volvieron a la orilla del mar.

El rey don Jaime, que entonces desembarcaba, se mostró pesaroso de que se hubiera librado la primera batalla sin que tomara parte en ella. Pero, sin embargo, combatió aquel mismo día, demostrando su valor y su habilidad en el manejo de las armas.

No es nuestro propósito referir detalladamente la conquista de Mallorca y así bastará con indicar que después de varias batallas, en la que venció el esfuerzo de los cristianos, no sin que perecieran algunos tan bravos caballeros como Guillermo y Raimundo de



—Estos ricos hombres que veis aquí muertos...

Moncada y sin que otros como Raimundo Lulio realizaran proezas que parecerían hoy verdaderamente fabulosas.

A los primeros los lloró el rey, recompensando, como luego diremos, a los segundos. Pero don Jaime estaba tan cierto de la bondad de la empresa en que los cristianos estaban empeñados que son dignas de reproducirse las palabras con que, ya serenado, se dirigió a todos los suyos, al dar sepultura a los cadáveres de los caballeros que habían perecido.

—Barones : estos ricos hombres que veis aquí muertos, han perecido en servicio de Dios y nuestro. Si nos fuera posible recobrarlos de manera que pudiéramos volverles a la vida, tanto daríamos de lo nuestro y de nuestras tierras para que Dios nos otorgara esta gracia que a buen seguro por loco nos habían de tomar cuando supieran lo que ofrecíamos. Pero ya que ha sido voluntad de Dios el que vos y nosotros le prestáramos un servicio tan señalado, por lo mismo no conviene mostrar aquí sentimiento ni derramar lágrimas. Cierto es que el pesar es gran-

de, mas ninguna necesidad hay de que lo sepan los que pueden oirlo desde afuera.

—Ved que vuestro llanto sólo serviría para desmayar el ejército y que éste sería el único provecho que sacarais.

En fin, con la ayuda de Dios, no tardó en quedar completada la conquista de Mallorca y en quedar su rey prisionero de don Jaime. El cual, como dicho queda, repartió las tierras conquistadas y los esclavos y el riquísimo botín entre los caballeros que habían conquistado las islas para España y para la causa de Cristo. A Raimundo Lulio le concedió el munificentísimo don Jaime dos posesiones, una de las cuales era la alquería montañesa de Beniatrón, entre Campanet y Pollensa.

Terminada la guerra y en tranquila posesión de sus nuevas tierras, Raimundo Lulio volvió a Cataluña para encontrarse con su mujer y con ella, instalarse en la alquería de Beniatrón. Así lo hizo y comenzó con esto una nueva vida en la que había de ser la tierra natal de Raimundo Lulio, el Reverendo Maestro, objeto de nuestros estudios.

II

LA VIDA REAL DE RAIMUNDO LULIO



Raimundo Lulio había casado, diez años atrás, con Isabel de Erill, sin que la unión hubiera dado frutos. Isabel llevaba en el corazón, como las dulces y castas mujeres bíblicas, el duelo de los hijos no habidos. Pero como ellas, supo esperar, paciente y humildemente.

No llevaba mucho tiempo el matrimonio en sus nuevas tierras de Mallorca cuando Dios atendió los fervorosos ruegos de Isabel y, por fin, el veinticinco de enero de mil doscientos treinta y dos vino al mundo un hermoso niño, al que se bautizó con el nombre paterno de Raimundo.

Raimundo Lulio fué recibido y criado con todo amor y conforme a lo que se acostumbraba con los niños de su clase, en aquellos tiempos. Hasta cumplir los ocho años le dejaron sus padres al curso de la naturaleza, poniéndole a dicha edad al estudio.

El presbítero Lorenzo Riber, ilustre historiador de la vida del Reverendo Maestro, al que entre otros autores tenemos a la vista cuando escribimos, dice en sus notabilísimas conferencias que Raimundo Lulio aprendió gramática de manera que pudiera entender el latín y estudió lógica, retórica y filosofía natural para que más fácilmente pudiera saber la ciencia de la medicina y conservar sano su cuerpo. Estudió también un poco de ciencia de teología, o sea doctrina cristiana «para conocer, amar y servir a Dios y para saber dirigir su alma hacia la vida perdurable del paraíso».

Pero Raimundo Lulio—pese a las excitaciones paternas—no prestaba a este sistema de educación la razonable docilidad. Más adelante había de lamentarse él mismo de que no sirvieran para corregirle y castigarle golpes ni reflexiones, penas ni riñas.

Crecía Raimundo Lulio más atento a los juegos de fuerza que a los mesurados ejercicios de la inteligencia y desde su primera infancia parecían atraerle los ejercicios bélicos y deslumbrarle el brillo de las armas.

Veamos ahora, antes de seguir adelante, de trazar en pocas líneas un bosquejo del ambiente de la época en que Raimundo Lulio ponía en el mundo su firme planta de guerrero.

En esta época tan interesante, los estados confederados de Cataluña, Aragón, Provenza, el condado de Tolosa y los dominios que al mediodía de Francia poseía Inglaterra, se unieron formando en 1241 la liga de Montpellier; pero Francia consolidaba su poder entre tanto y con su influencia desbarató planes que aquéllos se habían forjado.

No escapó a la perspicacia política de don Jaime I, la situación comprometida de su patrimonio y no quiso luchar con un enemigo poderoso teniéndolo a las puertas de su casa, cuando por otra parte extendía ya sus dominios por el sur de la Península y su poder por las costas del Mediterráneo. Aunque tenía que trabajar mucho para asegurar sus

conquistas y su equilibrio por lo que no le convenía disgustarse con una nación como Francia.

El año 1243 se dirigió don Jaime, con su esposa doña Violante, a Montpellier, donde nació el infante don Jaime, futuro rey de Mallorca y después marchó a Puy-en-Velay, intentando una entrevista con el rey de Francia, Luis IX *el Santo*.

Poco después Francia ampliaba sus conquistas entre las posesiones de Inglaterra y las tierras provenzales, que eran codiciadas por todos sus vecinos, pues el conde Ramón Berenguer no tenía sucesión masculina. Cuando el conde murió quedaba soltera su hija doña Beatriz, niña todavía y heredera del condado, pues las otras habían casado ya; Margarita con Luis IX de Francia, Leonor con Enrique III de Inglaterra y Sancha con Ricardo, rey de Germania. Ramón VII, conde de Tolosa, queriendo aumentar sus estados, aspiraba a la mano de Beatriz, pero más astuta, la hermana del de Francia logró que se casara con Carlos de Anjou, el año 1246.

Raimundo Lulio, como hijo único de no-

ble caballero y en un país recientemente conquistado a los moros, tenía trazado su camino. Sus padres quisieron que fuese un buen cristiano y que supiera manejar las armas, familiarizándolo en tal intento con las luchas que los vencidos, ayudados por sus vecinos de Africa promovían frecuentemente.

Fantaseando himnos bélicos, combates gloriosos, banderas polvorientas y gritos de guerra entró Raimundo a la edad de catorce años al servicio de Jaime I *el Conquistador*.

El esplendor y fastuosidad de la corte le fascinaron, espoleando su pueril vanidad por las cosas del mundo : honores, riquezas, comodidades y diversiones.

Siguiendo en sus continuados viajes al gran monarca, visitó diferentes países, contemplando de cerca el nivel moral y social de los grandes señores y con el roce continuo que necesariamente tenía con gente distinguida, adquirió aquel barniz de cultura y distinción propios de la falsa sabiduría que se fundamenta en la ilusión y la pasión. Dios —dice el presbítero Lorenzo Riber, antes citado—, talló el corazón de Raimundo a la medida del corazón de don Jaime. Raimun-

do le siguió por llanuras y por montes, por los desiertos y por los poblados y por las aguas dulces y saladas. Respiró nuestro héroe, en plena adolescencia, el aire libre de los grandes horizontes y el áspero aroma de la epopeya.

Conjetura el P. Pascual que el infante don Jaime, futuro rey de Mallorca, nació el año 1240 y deduce, por consecuencia, que todavía era un niño el infante cuando entró Raimundo Lulio al servicio de su padre.

Por aquel tiempo comenzaron a traslucirse los amores del soberano con Teresa Gil de Vidaure, pues todo el mundo sabe que si fueron grandes las cualidades de don Jaime *el Conquistador* como gobernante y como político, quedaron deslucidas un poco por su vida privada, que no fué, ciertamente, un modelo de moralidad. Otros muchos amores parecidos tuvo el rey, y ello da idea de cuál era la moralidad pública de la época cuando el propio rey los relata en su crónica como si se tratase de cosa natural y corriente.

Por entre estas fluctuaciones voluptuosas caminaba el espíritu de Raimundo Lulio, buscando goces y placeres que nunca le sa-

ciaban. Pronto comenzaron a bullir en su cerebro sueños de gloria y deseos indefinidos, entusiasmándose con las quejas amorosas de los trovadores provenzales, que despertaron su instinto de poeta.

Los cantos de Lulio eran apasionados, dictados por la ambición y la sensualidad, como los de todos los trovadores que pasaron su romanticismo por las floridas regiones del mediodía de Francia.

Como servidor de la casa real estuvo en Valladolid, asistiendo a las fastuosas bodas de la infanta doña Violante con don Alfonso *el Sabio*, rey de Castilla.

Su genio activo le gobernaba. Era alegre, insinuante, obsequioso, cortesano, dado al placer y al lujo, liberal, exquisito en soltura y elegancia. De esta suerte no tardó en conquistarse el corazón de los infantes Pedro y Jaime, que pronto intimaron con compañero tan desprecupado.

El año 1251, murió la reina doña Violante y en este mismo año, según Zurita, destinó don Jaime *el Conquistador* a su hijo Jaime para rey de Mallorca, enviándole a las islas en 1256, junto con Raimundo Lulio,

quien lo escogió por su senescal o mayordomo.

Jurado rey don Jaime por los mallorquines, Raimundo Lulio continuó a su lado y fué al poco de llegar a Mallorca cuando contrajo matrimonio con Blanca Picany, hija de F. Picany y cuñada de un caballero de la casa de Galzerán.

De la misma acta de matrimonio que aun se conserva, se desprende que al casarse Raimundo Lulio había entrado, por muerte de sus padres, en posesión de su patrimonio, que era considerable, pues además de las posesiones de Mallorca contaba con otras muy importantes en Barcelona y varios pueblos de Cataluña.

No tardó mucho Raimundo Lulio en embarcar con rumbo a la corte del rey de Cataluña. Y distraído otra vez por las ceremonias palaciegas, adulado por su bella presencia y buen humor, envuelto en las intrigas y prodigalidad de los caballeros, diestro en saber disfrazarse, su vida era de lo más entretenida que imaginarse puede.

Seguramente que Raimundo Lulio siguió a la corte a Montpellier, cuando se trató del matrimonio de la infanta Isabel con Felipe,

primogénito de San Luis, rey de Francia.

En el año 1259 volvió Raimundo a Mallorca y en los años que siguieron hasta su conversión tuvo con su mujer dos hijos, uno a quien se llamó Domingo y una niña a la que se impuso el nombre de Magdalena. Es de hacer notar que aunque durante estos tres años estuvo en Mallorca no había dejado su empleo en la corte del rey de don Jaime.

Dice uno de sus historiadores, que le ayudaba mucho en su vida de libertinaje, su facilidad en el arte de trovar. Por aquellos días la lengua catalana se hallaba, como las otras que habían de surgir de la corrupción del latín, en su período de formación. Y Raimundo, para la caza de las virtudes femeninas tenía siempre tirante, como un arco, el arte de la poesía. Inflamado y dulce, engañador e insinuante, disparaba sus rimas volanderas a las bellas que acertaban a pasar por su lado.

Había entonces en Mallorca una mujer muy hermosa, casada con un genovés y llamada Leonor. Era, según la tradición, esbelta, exuberante de vida, de ojos negros y labios encendidos. En cuanto Lulio la vió,

sintió avivada su voluptuosidad y la persiguió con sus galanterías.

Honesta como ella era, no podía aceptar tales galanterías, y sus negativas, su aire esquivo y desdeñoso fueron parte a avivar la insana pasión de nuestro héroe.

Ya hemos dicho que Raimundo Lulio manejaba con suma habilidad la dulce lengua catalana, en formación por aquel tiempo y que su habilidad la empleaba en escribir versos amorosos. Muchos versos escribió e hizo llegar a manos de la virtuosa Leonor, quien se los devolvía siempre sin leerlos.

A cuantas fiestas se celebraban, acudía Raimundo con el deseo de lucir ante Leonor su valor, su habilidad y su fuerza. Leonor no vió otro remedio a la situación violenta que tan tenaz perseguidor la creara, que retirarse a su casa, de la que no salía más que para ir a la iglesia.

Tal decisión no había de ser bastante para detener a quien no estaba habituado a detenerse por ninguna suerte de razones humanas ni divinas cuando de satisfacer sus pasiones se trataba. Así, en ocasión en que Leonor acompañada de una anciana servidora,

se dirigía al templo, acertó a pasar por una plaza por la que cruzaba también, en aquel momento, Raimundo Lulio que, caballero en brioso corcel y armado de todas sus armas dirigíase a tomar parte en un torneo.

Apresuró Leonor el paso y penetró en la iglesia. Pero entonces, con escándalo de todo el mundo, Raimundo, sin descabalgarse y con desprecio de toda consideración y de todo respeto, entró en el templo tras de ella para repetirle que la amaba y que nada ni nadie la haría desistir de su pasión.

Sobrecogidos de terror los fieles que en la iglesia se hallaban no protestaron. Pero Leonor no guardó el mismo silencio, sino que con temblorosas e indignadas palabras expresó a Raimundo el horror que su acto le inspiraba, su decisión de morir mil veces antes que condenarse, como él quería.

Pocos días más tarde, Raimundo hallábase en su casa, retirado en su dormitorio y en trance de escribir unos versos dedicados a Leonor.

De ordinario los pensamientos fluían fácilmente y se engarzaban con las rimas con no

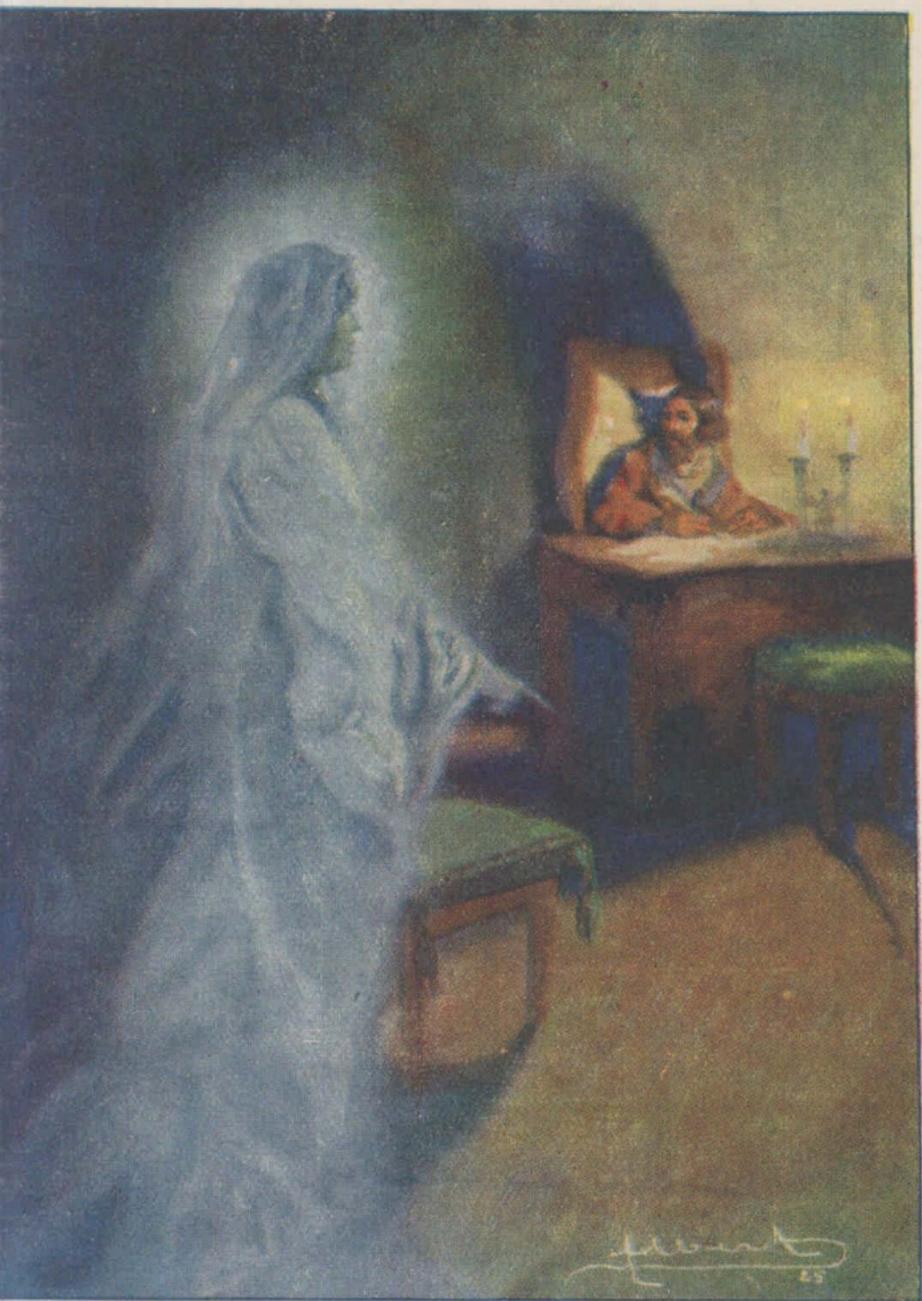
menor facilidad, pero no ocurría aquella noche así.

Trataba él, aguijoneado por el desdén de la mujer a la que creía amar con todas las fuerzas de su alma, de componer una canción en la que desahogaba su pasión en voluptuosas llamas. Y fatigado su pensamiento por no encontrar palabras bastante elocuentes, paseó la mirada, en un gesto de cansancio, por los rincones de su dormitorio.

En una de las paredes advirtió Raimundo, con asombro, una imagen de Jesucristo en la Cruz, que nunca antes allí estuviera, que, con los ojos turbios de lágrimas, parecía mirarle con amargo reproche.

Desconcertado por la aparición y vencido por profundo terror, dejó Raimundo la tarea y se metió en el lecho. No tardó, sin embargo, en dormirse, y cuando le despertaron las luces del nuevo día, tuvo por fruto de su imaginación el maravilloso suceso y no volvió a pensar en él.

Nuevamente volvió a su tarea, cuando por la noche se retiró a su cuarto. De nuevo luchó dificultosamente, sin encontrar las rimas que buscaba; de nuevo, al levantar la



Andaba como si no pisara el suelo.

vista, la aparición dulcísima le obligó a dejar la tarea y a entregarse al sueño.

A la tercera noche y como él persistiera en su tarea, vivo signo de que la voluntad de Dios no se le había mostrado todavía bastante clara, oyó, mientras escribía, que la puerta de su habitación abríase suavemente y que la propia Leonor, vestida como la viera la última vez, avanzaba hasta llegarle muy cerca.

Traía, en torno del bello rostro, como un halo luminoso, que la asemejaba a una Virgen de retablo. Andaba como si no pisara el suelo. Y con voz reposada y dulce se dirigió a Raimundo que, absorto, la contemplaba :

—Raimundo. Tú dices que me amas y para demostrarlo has llegado hasta el sacrilegio. Es mi belleza lo que ha despertado tu pasión. Vengo para que veas cuál es la belleza de esta carne despreciable, por la que olvidas tus deberes de marido y de cristiano...

Y desgarrándose las ropas, mostró su pecho que un horroroso cáncer consumía.

Petrificado, lleno de horror, sintió Raimundo como un derrumbamiento en todo su mundo interior. Siguió una cólera violenta, un desprecio de sí mismo y de todo lo demás

que cerca de él vivía, e inmediatamente después, un dolor agudo en el corazón. Lloró por fin, lloró toda la noche y apartando con un gran gesto de voluntad todas las banales idolatrías, rezó hasta el amanecer. Al rayar el día, como él mismo lo cuenta en uno de sus libros, salió para confesarse...

*Matí, aní querre perdó
a Deu e pris confessió
amb dolor y contricció...*

III

DE LOS ENCONTRADOS AFANES DEL SIGLO Y SU INFLUENCIA SOBRE RAIMUNDO LULIO



Fué todo el siglo XIII tiempo de grandes gestas, pero también de grandes e innobles pasiones, de moral enrevesada como ya indicamos al referirnos a las memorias del rey don Jaime, a cuyo servicio hallábase como paje nuestro héroe. Y si como ya se deja entender este ambiente debió influir notablemente en lo que tuvo su vida de lamentable y disipado, al principio, también hubieron de dejar huella indeleble en su espíritu aquellos otros anhelos que dirigían la política hacia los fines más altos,

Con don Jaime, ya lo hemos dicho, recorrió Raimundo Lulio cortes y pueblos y con él atravesó la mar y estuvo cerca de ciertas negociaciones que por lo que se verá más adelante habían de alumbrar su espíritu, como un faro salvador, cuando llegó la bendita hora de su transmutación.

Hallábase en Alcira la corte cuando llegó fray Pedro de Alcalá, mensajero del papa Gregorio X, con una carta de éste en la que suplicaba a don Jaime que le diera ayuda y consejo sobre el asunto de la Tierra Santa de ultramar y convocándole para que asistiera al concilio de Lyon, que era donde tan importante negocio había de tratarse.

Muy gustosamente se dispuso el rey de Aragón y Cataluña a concurrir al concilio y al efecto hizo sus preparativos, tomando las posadas y enviando a ellas provisiones para dos meses, pues en aquella época no se podía contar con que pudiera ser atendido un rey y todos sus servidores de modo improvisado.

Después de Pascua de resurrección salió don Jaime con buen golpe de caballeros y servidores y tal era su nombre y su prestigio que tres leguas antes de Lyon le salió

al paso una embajada del Papa, rogándole que retrasara su entrada en la ciudad hasta el siguiente día, a fin de que pudiera hacérsele digno y adecuado recibimiento.

Al siguiente día, al rayar el alba, se puso la real comitiva en camino con dirección a Lyon y como a una legua de la ciudad la esperaban ya todos los cardenales, el maestro de Ultramar, que guardaba la villa por el Papa y muchos caballeros y ricos hombres, que formaban una brillante comitiva.

«Era tal la multitud de gente que nos salió a recibir—escribe don Jaime en sus memorias—que para andar el espacio de una legua y poder llegar a la casa del Papa, tuvimos que luchar desde la mañana hasta el mediodía. Después de esto el Papa dió orden a los porteros que no guardasen la puerta y que a cuantos dijeran los nuestros que podían entrar, se lo permitiesen; de modo que cuando Nos entramos entraron también todos los caballeros y además cuantos quisieron».

Don Jaime fué recibido por Gregorio X con gran amor y cortesía, haciéndole sentar a su lado y no permitiendo en modo alguno

que se descubriese. Fué regiamente hospedado hasta el día en que se reunió el concilio.

Reunidos en este, antes de salir el sol, más de quinientos arzobispos, obispos y abades, el Papa no quiso en manera alguna comenzar su discurso hasta que viniera don Jaime y cuando éste llegó le hizo sentar a su lado.

Empezó el Papa su discurso en latín, diciendo como él y los cardenales habían venido allí contra viento, mas que nuestro Señor los había guiado y conducido para llevar a cabo tan buena obra, pues ni enfermedad ni viento pudieron impedir que todos se reunieran.

Dijo también que bien sabían que Dios los había criado y dado cuantos bienes tenían para servicio y utilidad propia y así ya que tanto les había dado justo era que le devolviesen algo, sino todo, a fin de rescatar aquel santo lugar que tenían los que eran sus enemigos y no creían en su fe.

Al fin del discurso añadió que perdonaba todos los pecados a quienes prestaran tal servicio a Dios, excepto robo, logrería y hurto, porque estos eran pecados que producían daño

a tercero y no podían perdonarse sin que mediara restitución.

Después de esto quedó dispuesto que el concilio se volviera a reunir el siguiente día, como se hizo y después que el Papa hubo pronunciado otro discurso insistiendo en las palabras que dijera el día anterior, se levantó don Jaime y dijo :

—Padre santo, queremos hablar sobre este asunto ya que somos el único rey que aquí se encuentra.

—Consiste el consejo que os vamos a dar en que primeramente enviéis a la Tierra Santa quinientos caballeros y dos mil peones y luego escribáis sin tardanza al maestre del Templo, al del Hospital, al rey de Chipre y a la ciudad de Acre, haciéndoles saber como habéis comenzado este concilio por causa del rey de ultramar y que las fuerzas antes citadas pasarán allí en seguida, mientras las demás se preparan aquí para lo mismo.

—Los que vayan primero, no llevarán por objeto combatir al país, sino construir castillos y fortificar los lugares donde permane-

cerán de guarnición hasta que de aquí a dos años pueda verificarse nuestro pasaje.

—En cuanto a la ayuda que me pedís, os la daré en estos términos. Así como percibís el diezmo de vuestros prelados, así también os lo concederemos de nuestras tierras y tened por cierto que antes os daremos más que menos. Además, si vos pasáis a ultramar como decís os acompañaremos allá con mil caballeros, pero en este caso debe quedar para Nos el diezmo de nuestras tierras.

—Este es el consejo que os damos y esta la ayuda que os ofrecemos.

Callaron todos los presentes y entonces don Jaime rogó al Padre santo que les hiciera hablar allí mismo, pues así prometerían quizá por vergüenza lo que de otro modo no prometerían.

Requerido insistentemente, el maestre del Templo dijo que aquel asunto necesitaba muy maduro consejo, por los acopios que de armas y bastimentos deberían antes hacerse y porque sería menester interesar en la empresa a muchos que no se hallaban todavía muy bien dispuestos para acometerla.

—Yo, añadió, soy de opinión que para ella

se necesitarán a lo menos de doscientos cincuenta a trescientos caballeros y unos mil hombres de a pie.

—Al caso, maestro—interumpió don Jaime—. Si el Papa resuelve enviar allá mil caballeros ¿con cuántos contribuiréis vos?

No contestó el maestro, a quien el Papa preguntó entonces cuantos buques calculaba que podría tener el sultán.

—Según mis noticias—dijo el maestro del Templo—cuando quiso poner sitio a Acre que fué cuando mayor esfuerzo hizo, no pudo reunir más allá de diez y siete embarcaciones, entre galeras y otros leños.

—Según eso—observó el Papa—necesitaríamos nosotros otras tantas y mejor hasta veinte.

—Negocio es este Santo Padre, de mucha pena por eso: con diez que queráis armar de nuestra tierra, estad seguro que no solamente no retrocederán por diez y siete, ni por diez y ocho ni por veinte, sino que embestirán contra ellas y las echarán a pique.

Levantóse entonces Artal de Balarí, manifestando:

—Negocio es este Santo Padre, de mucha

importancia, pues los enemigos han poseído aquella tierra por mucho tiempo y no será ahora tan fácil el recobrarla. No hagamos como el gozquecillo que ladra al mastín y este le desprecia. Por esto me adhiero a la opinión del maestro del Templo.

Como después de estas palabras callaran todos, don Jaime se dirigió de nuevo al Padre santo, diciendo :

—Padre santo, ya que nadie quiere declararse, creo que puedo marcharme.

—Idos, con la bendición de Dios—contestó el pontífice.

Salió don Jaime con los de su comitiva y a tiempo de cabalgar, dijo a los suyos :

—Barones, ya podemos marcharnos, pues hoy a lo menos hemos dejado bien puesto el honor de España.

Veinte días pasó don Jaime en Lyon, al cabo de los cuales fué a despedirse del Papa, al que dijo :

—Padre santo, Nos queremos marcharnos ; pero para que no nos suceda lo que dice el proverbio que «quien loco a Roma va loco volverá», ya que no tuvimos nunca la satisfacción de ver a otro Papa sino a vos,

desearíamos que nos confesaseis y nos absolvieseis de nuestros pecados.

Contestó el Papa que lo haría de muy buena gana y después de oír a don Jaime le dió la absolución, sin imponerle otra penitencia sino que perseverase en el bien y se apartara del mal. Con lo cual y luego de recibir don Jaime, rodilla en tierra, la bendición apostólica por cinco veces seguidas, se despidió para volver a Cataluña.

Hemos recogido este interesante episodio, que tan alto pone el nombre de la España cristiana, para dar una idea de cuál era la preocupación más intensa de la época y para que mejor se comprenda como Raimundo Lulio, acompañante de don Jaime *el Conquistador* en sus viajes y andanzas por todas partes, pudo sentir nacer y afianzarse sus anhelos, cuando llegó el momento del arrepentimiento y cuando, tras de haber visto tan palpablemente la voluntad del Señor de que se consagrara a su servicio, hubo de discurrir de qué modo podría servirle mejor, después de haber hecho firme propósito de arrepentimiento y enmienda. Pero otros muchos se podrían citar y aun creemos que vale la

pena de hacerlo y entre ellos el que se refiere a las negociaciones que el propio don Jaime *el Conquistador* tuvo para ir a Tierra Santa, de concierto con los tártaros, según él mismo dejó también escrito.

Aunque por espacio de dos días sus hijos le estuvieron suplicando, de rodillas y llorando, que no partiera para viaje tan peligroso, partió don Jaime con una buena escuadra desde el puerto de Barcelona. La escuadra se metió como unas cuarenta millas, mar adentro.

A la mañana siguiente, vinieron a decirle al rey que sería prudente volverse a tierra para reunir todo el ejército, pues de otro modo se corría el peligro de que, no yendo todos los barcos a la vista unos de otros pudieran perderse y no encontrarse nunca.

Vió don Jaime que tenían razón los del consejo, mas al poner proa a tierra encontraron solamente una galera, pues el resto de la armada había tomado el rumbo de Sitges.

Reuniéronse todos los navíos, al cabo de pocos días y juntos hicieron rumbo a Menorca, cuando al anoecer se inició un fuer-

te viento, produciéndose una tempestad tan grande que «marineros que habían estado veinte y veinticinco años en ultramar decían no haber visto nunca tempestad tan desecha.

Varias de las naves sufrieron, con tal motivo, serias averías. Don Jaime, en vista de lo que ocurría, reunió a varios de sus caballeros a los que dijo :

—Parece que nuestro Señor no quiere que pasemos a ultramar, pues ya otra vez estábamos preparados para hacerlo. Del mismo parecer fueron así los caballeros consultados, como los dueños de las naves y marineros, tanto más cuanto que la tempestad no cesaba y el viento era contrario.

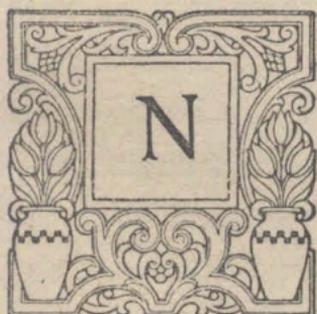
Viendo pues que el tiempo no mejoraba, don Jaime ordenó que se hicieran señales a las naves que se hallaban próximas para que dieran la vuelta, como en efecto lo hicieron, no sin que en tal momento se rompiera el árbol de una de ellas, con la antena del mismo.

Las naves que, por estar alejadas y no haber recibido las señales continuaron su viaje, llegaron hasta Acre, donde pudieron reanimar y abastecer de víveres a los cristia-

nos que allí había, los cuales estaban muy necesitados y acababan de experimentar grandes pérdidas. Mas viendo que no parecía el rey de Aragón—que se vió forzado a refugiarse en el puerto de Agde—ni menos las tropas de sus aliados los emperadores de Tartaria y de Constantinopla, regresaron a Barcelona.

De este modo fracasó otra de las muchas tentativas que se hicieron para conquistar Tierra Santa.

IV

LA TRANSMUTACIÓN DE RAIMUNDO
LULIO

o bastaba a Lulio, sin embargo, el buen propósito porque, como él mismo confiesa en uno de sus libros «su naturaleza era tan contraria a hacer penitencia que no la podía vencer ni domar por él mismo a fuerza de penitencias». Así ; qué terribles luchas interiores antes de conseguir la anhelada victoria !

Cuando, por fin, tuvo la cabeza clara y el ánimo serenado y pacífico, tres deseos vehementes florecieron en su alma, como tres ramas de lirio. En primer lugar, sintió la gran sed del martirio. Después anheló apli-

car todas sus fuerzas a la conversión de los infieles que iban, por ignorancia, a perderse. Por último, quiso escribir un libro de incontrastable eficacia contra los errores de los equivocados.

A estos tres deseos lo subordinó todo, pero la saeta que más agudamente atormentaba sus entrañas magnánimas era la sed íntima de sufrir pasión y muerte por el amor de Jesús.

Para la conversión de sarracenos y de toda clase de infieles, Raimundo Lulio se encontraba desarmado. No sabía el árabe ni cabía esperar que sobre la lengua del nuevo apóstol vertiera el Espíritu Santo, como en los tiempos primitivos, idiomas nunca aprendidos. Para hacer el libro prodigioso e incontrastable, no sabía más que un poco de gramática, mal aprendida y medio olvidada. Una gran sombra de dolor obscureció su corazón y comenzó a llorar sobre sus treinta años de vida miserablemente disipada.

Pero cuantas más dificultades se ofrecían, más fuertes eran sus designios. Si no sabía idiomas y estaba encadenado por la impotencia, se echaría a los pies del Papa, supli-

caría a los reyes y príncipes cristianos, llamaría a las puertas de todos los palacios para mover a unos y otros a fundar monasterios en los que las personas religiosas y las que tuviesen vocación de mártires pudiesen aprender el árabe y otras lenguas de los infieles.

En esta época lejana, entre los años 1263 y 1272, se hallaba el mundo removido por una sorda trepidación de romerías. Todos los caminos de la Tierra negreaban con el ir y venir de los peregrinos, como hileras de hormigas emigrantes.

Los peregrinos y romeros, con sus hábitos pardos y sus bordones, dejaban sus casas y sus lugares y se iban a tierras lejanas, buscando los lugares santos y las iglesias en lo que el Señor hiciera sus milagros. Iban a visitar el Santo Sepulcro y la iglesia de San Pedro de Roma, iban a Compostela y a otros lugares en donde se guardaban reliquias de los Santos Apóstoles.

Los peregrinos andaban buscando a Jesucristo de diversas maneras. A caballo los unos y a pie los otros, pidiendo unos limosna y escoltados los otros de séquito de servido-

res, buscaban al Señor que les quisiera dar la salvación de sus almas. Entre los que caminaban llorando y pobremente, estaba Raimundo Lulio.

«Con intención de no volver más a su patria» dejó Raimundo la isla de Mallorca y comenzó sus incansables romerías. Fué primero, según se desprende de algunos documentos a un monasterio situado en las montañas de Vasconia. Visitó después el de Nuestra Señora de Montserrat. De allí se dirigió a adorar el cuerpo del apóstol Santiago, en Galicia. Los viajes eran largos y peligrosos. Pero el enojo del camino era aliviado por la compañía de otros peregrinos y por la suavidad de las historias que se contaban.

Raimundo Lulio, cuya memoria estaba llena de recuerdos y de visiones lejanas les contaba a los otros peregrinos historias del viejo y del nuevo Testamento, ejemplos y hechos ocurridos a los apóstoles y a los emperadores. El, con otros muchos, comían de lo que recogían como limosnas y sentían la íntima dulzura de la humildad ante las puertas cerradas y los corazones duros. Si llega-

ba la noche y no habían encontrado albergue, se dormían en paz, en medio del campo.

—Peregrino—debían decirle—,} abrígate más que hace frío.

—Vestidos vamos de viles paños—contestaba él—pero el amor viste mi corazón de placenteros pensamientos y mi cuerpo de lágrimas, de languideces y pasiones.

—Peregrino, detente, que anochece.

—Los caminos por los cuales el peregrino se acerca a su Amado están iluminados de amores.

Preguntaban al peregrino de dónde venía y él contestaba :

—De Amor.

—¿Dónde has nacido?

—En Amor.

—¿Cómo te llamas?

—Amor.

—¿De dónde vienes?

—De Amor.

—¿A dónde vas?

—A Amor.

—¿No tienes, pues, otra cosa que Amor?

—Culpas y yerros contra mi Amado—contestaba.

A veces le sobrevenían desfallecimientos. Caminaba por tierras extrañas, solo y pobremente. Las jornadas eran largas y fatigosas y, a las veces, olvidaba al Amado y sentía la nostalgia de su dulce tierra natal, el recuerdo dulce y lacerante a la vez de la esposa y de los hijos que en ella quedaran. Pero al punto volvía, por un esfuerzo de la voluntad, a pensar en el Amado, a pedirle fervorosamente que le consolara y que no permitiera que su voluntario extrañamiento le produjera penas y pesares.

Acogido, cuando era ello posible, en alguna posada o en alguna casita miserable donde le daban alojamiento, Raimundo Lulio aprendió tanto sobre la vida como cuando en calidad de paje o caballero acompañaba a don Jaime *el Conquistador* o al rey de Mallorca. Aunque no se conoce detalladamente esta parte de su vida, se conjetura que estuvo como peregrino en Roma y, probablemente, en Tierra Santa.

Finalmente, después de peregrinar durante dos años con sus tres deseos en el corazón, se preparó Raimundo para la gran romería de ir a morir por el amor del Amado

«porque todos los viandantes de la vida son peregrinos de la muerte, a la cual nos acercamos noche y día».

Pensaba, al efecto, ir «al gran estudio de París» para aprender «gramática y otras ciencias, mediante las cuales y con la ayuda de Dios pudiera dar conclusión a su santo propósito de la conquista espiritual de todo el mundo. Y, para mejor encaminarse y aconsejarse, se encaminó a Barcelona.

En la gran ciudad mediterránea tenía Raimundo Lulio, de su época de cortesano, muchos amigos. Pero a ninguno de ellos quiso visitar, ni aun a los más piadosos y buenos cristianos, de miedo que intentaran disuadirle de su propósito.

Como un obscuro peregrino, se alojó en un convento donde no declaró su nombre ni condición y a los pocos días acudió a visitar al R. fray Raimundo de Peñafort.

Le recibió fray Raimundo con grandes extremos de alegría y tuvo por gran alegría conocer el cambio que en su vida se había operado, aconsejándole que persistiera en tan buen camino. Pero cuando Raimundo se informó de sus planes, le hizo presente que

muy posiblemente había de faltarle, para tan duros trabajos, la voluntad, que tenía mujer e hijos a los que atender y que, puesto que a Dios se le sirve bien en todos los estados, más le valía procurar perfeccionarse en el suyo, cuanto más que veía muy difícil que realizara lo que por sueños tenía. Otras tan sabias y prudentes razones alegó para disuadirle de su proyecto que Raimundo Lulio, sino convencido por lo menos impresionado, tomó el partido de volverse a Mallorca, como lo hizo.

V

RAIMUNDO LULIO REGRESA A SU TIERRA NATAL



De allí a poco se tuvo noticia de que un navío zarpaba con rumbo a Mallorca y Raimundo se apresuró a despedirse de fray Raimundo de Peñafort y tomar en aquel acomodo.

Ya en Mallorca, toda la ciudad pudo ver con maravilla y edificación que el hombre turbulento y osado, el palaciego de Jaime II volvía transmutado de su larga penitencia y romería.

Los antiguos vestidos lujosos habían cedido su puesto al traje de más tosco paño y a la disipada vida anterior a su transmutación y a su peregrinaje, sucedía un gran

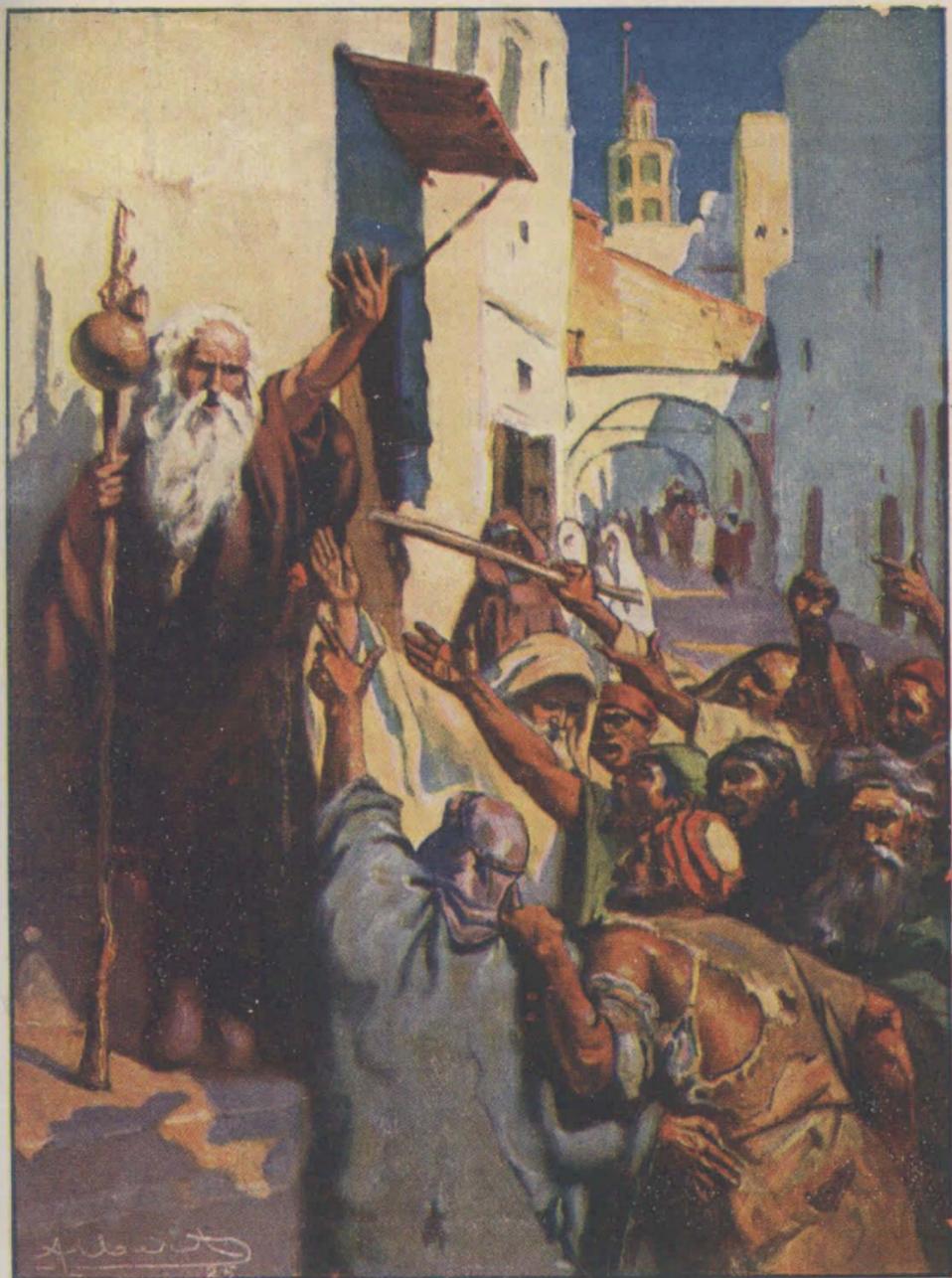
amor a los suyos, un gran desdén para todo lo superfluo y mundano.

Grandes luchas se libraban en su espíritu, sin embargo, invisibles para los que con él convivían. Por que entendía él no ser bastante su vida de recogimiento y de meditación y cada vez surgía en su alma, con mayor anhelo, el ramo de lirio de sus tres deseos, la convicción de que debiera hacer cuanto de su parte fuera posible para realizarlo.

Ya decidido—si es que por acaso no lo estuvo alguna vez, pues más bien debe conjeturarse que aplazara que no que suspendiera la realización de sus planes—compró Raimundo Lulio un esclavo sarraceno para aprender su lengua. Llevólo a su casa y se dedicó asiduamente a tomar sus lecciones. Casi de rodillas, bebía gota a gota el fervoroso discípulo las lecciones del áspero aprendizaje.

Cada palabra que el sarraceno pronunciaba la guardaba Raimundo cuidadosamente en el corazón. Cada palabra de la lengua arábiga que aprendía, la encerraba en su cerebro como un inestimable tesoro.

En nueve años aprendió de esta manera



Raimundo, inflamado en su ansia...

el árabe. Tenía ya en su boca la espada apocalíptica que de un lado a otro del mundo había de herir el entendimiento y el corazón de los infieles. Y para perfeccionarse en esta lengua, la ejercitaba disputando en Mallorca con sarracenos y judíos.

Cada mañana salía Raimundo Lulio de casa y se dirigía a la plaza pública. Es sabido que existían en Mallorca muchos sarracenos y judíos y aun descendientes de matrimonios mixtos de aquéllos con cristianos.

Raimundo, inflamado en su ansia de apóstolado, comenzaba enseguida a discutir sobre la bondad de la religión respectiva, con lo que pronto formábase en derredor suyo nutridos grupos.

Los que le conocían de antiguo, quedaban prontamente admirados de la manera científica como discutía y se preguntaban con asombro en qué ocasión y durante cuanto tiempo había podido perfeccionarse de tal modo en los misterios de la religión cristiana un hombre que no había dedicado sus años al estudio.

A la vez daba pruebas ya de una gran mansedumbre, que no menos maravillaba a todos.

Aconteció una vez que disputando con un grupo de sarracenos, negó que pudiera ser verdadera una religión que se fundaba en la sensualidad, y como agregara otros muchos conceptos despectivos, los sarracenos comenzaron a sentirse injustamente agraviados.

Exaltados en la disputa, acabaron por maltratar de obra a Raimundo, acudiendo entonces muchos cristianos que se pusieron de su parte.

A punto estaba de entablarse una verdadera batalla cuando Raimundo habló a los que habían acudido en su defensa de esta manera.

—No quiero que lleguéis por mi culpa a las manos, ni tampoco quiero que estos hombres se les castigue de ninguna manera. Por buenos daré todos los golpes recibidos si uno solo de ellos entiende lo que significa esta mi humildad y se muestra dispuesto a seguir escuchándome.

Con efecto, los sarracenos quedaron desconcertados y fueron varios los que se dispusieron a dejarse abrir por él los ojos a la luz de la verdad.

Crecía, con esto, la fama de Raimundo

Lulio en Mallorca y todos se hacían lenguas de su bondad, de su mansedumbre y fervor religioso.

Pero aún había de dar mayores muestras de aquélla con ocasión de otro suceso que acaeció en su propia casa y de cuyo verdadero valor no podríamos darnos hoy cuenta sino es por un esfuerzo de la imaginación que nos traslade a aquellos tiempos, en los que si se tenía por poca cosa la vida de un esclavo sarraceno, en menos que nada se apreciaba cuando el esclavo habíase atrevido a levantar la mano contra su señor.

El sarraceno que era a la vez su esclavo y su profesor se permitió en ausencia de Raimundo Lulio, blasfemar del nombre reverenciado de Jesucristo.

Raimundo Lulio se enteró de lo ocurrido al volver a su casa. Presa de cólera acometió al sarraceno golpeándole en la cara y en todo el cuerpo. Y aunque más tarde se arrepintió de estas violencias, con humildes y fervorosas palabras, en el corazón del esclavo anidó desde entonces un odio mortal por Raimundo Lulio, que no había de tardar en manifestarse.

Un día, en efecto, encontró el sarraceno a Raimundo solo y sentado en una silla. Traidoramente se arrojó sobre él, esgrimiendo un afilado cuchillo, al tiempo que gritaba :

—Ahora es la mía. Ahora vas a morir.

Raimundo desvió el arma con agilidad, lo que no le evitó de recibir una herida, aunque no mortal, en el vientre. Luchando rodaron por tierra y Raimundo pudo dominar a su agresor, arrebatándole el cuchillo, hasta que, al ruido, acudieron varias personas. Quisieron éstas castigar al moro, matándole en el acto, a lo que se opuso el Maestro.

—Llevalle a la cárcel—dijo—y ya determinaré lo que ha de hacerse.

Y en la cárcel pasó el sarraceno días y más días, pues Raimundo contestaba a los que le incitaban al ejemplar castigo :

—No tengo corazón para matar a quien ha puesto en mis manos el arma de mis sueños, la lengua que tan ardientemente he deseado conocer. No quiero tampoco que ese desdichado crea que le odio a muerte.

Con el corazón limpio de ira, purificado de todo espíritu de venganza, Raimundo fué a la iglesia de Nuestra Señora de la Real a pe-

dir a Dios que le inspirase lo que debía hacer con su agresor, a disposición suya por ser su esclavo. Varios días pasaron, hasta que una mañana, al tornar de la iglesia a su casa, le dijeron que el moro se había ahorcado, colgándose de la reja de su celda.

—Gracias sean dadas a Nuestro Señor— exclamó—que me ha sacado de la gran perplejidad por la que le suplicaba.

Poco después de este suceso marchó Raimundo al pico de Randa para hacer su prueba de la soledad, para hallar la libertad espiritual del desierto.

Se eleva este monte en el llano de Mallorca y tiene poca vegetación. A él subió Raimundo vestido con humildes y gruesas vestiduras, como corresponde a la vida ermitaña que, según su propia expresión, es estar solo en los montes y vestir silicio para castigar la carne. Allí se paseaba Raimundo, solo consigo mismo y con sus deseos, con el alma abierta a los grandes pensamientos y a la inmensa bondad que descende del firmamento infinito.

Se levantaba Raimundo a media noche, volvía a mirar el cielo y las estrellas y lan-

zaba de su pensamiento todas las cosas mundanas, esforzándose por considerar solamente las virtudes de Dios. Alto y seco, como una estatua de madera o de piedra, el asceta se paseaba por el monte. Y fué a los ocho días de habitar la montaña cuando recibió la inspiración divina para hacer el libro que había de convertir a los infieles.

Mirando al cielo atentamente, se sintió interiormente inundado de luz.

—Gracias sean dadas a Dios—exclamó—. Ya sé como ha de realizar mi obra soñada.

Y embriagado de luz se dirigió, con vacilantes pasos, al monasterio de la Real, no muy lejos de la ciudad de Mallorca, el mismo en el que don Jaime *el Conquistador* había plantado sus tiendas cuando estrechaba el cerco de la ciudad de Mallorca.

Monte de mirra, alta montaña de incienso, fué el *Arte general* que Raimundo escribió. Con el libro debajo del brazo volvió Raimundo a la montaña y en el mismo lugar donde recibiera el torrente de ciencia infusa se levantó una ermita y allí vivió más de cuatro meses, pidiendo a Dios que amparase misericordiosamente a su libro y a él, para glo-

ria suya y provecho de la Santa Iglesia Romana.

En este tiempo recibió un día la visita de un pastor. Era un joven, sano y gentil, al que el Maestro le habló de Dios y de su bondad y de la sabiduría infinita con acopio de fe y de profundos razonamientos. El pastor le contestó brevemente, pero con palabras tan tiernas, tan justas y dulces, que Raimundo comprendió que todos los doctores no lograrían con cientos de oraciones lo que aquel pastorcito con su tierno discurso. Pensaba en esto el Maestro cuando el pastor, silenciosamente, se aproximó al montón de libros escritos por Raimundo Lulio, se arrodilló ante ellos y los regó con sus lágrimas, que fueron como el rocío del amanecer sobre las flores. Después desapareció a los ojos de Raimundo, haciéndole el signo de la Cruz.

Maravillado quedó Raimundo y satisfecho, considerando que de sus tres deseos ya tenía realizado uno. Para llevar a término el segundo ¿dónde sembraría un plantel de apóstoles?

VI

SE REALIZA EL SEGUNDO DESEO



orría mientras estos sucesos se producían, el año 1275. A oídos del rey de Mallorca llegó que el Reverendo Maestro había dictado ciertos libros y en consecuencia le llamó a Montpellier, y cuando estuvo allí, hizo que los libros los examinase un maestro en Teología, fraile menor. Dijo éste, después de haber leído con admiración y reverencia las *Meditaciones* que Raimundo Lulio había ordenado para todos los días del año en treinta párrafos especiales, que su dictamen no podía ser más favorable.

Entonces el Maestro hizo, en el mismo Montpellier un libro titulado *Arte Demos-*

trativo, que leyó públicamente y más tarde otro en el que declaraba que la primera forma y la primera materia constituían un caos elemental y que los diez predicamentos universales están contenidos en éste, según la teologal y católica verdad.

Por aquellos días Raimundo Lulio tuvo ocasión de postrarse humildemente a los pies del Rey, al que impetró :

—Señor : en vuestro poder está atender un alto anhelo mío, que realizado vendrá a ser en honra vuestra y provecho de la Iglesia. Es este anhelo que mandéis edificar en vuestras tierras de Mallorca un monasterio en el que puedan vivir trece frailes que aprendan la lengua morisca para convertir a los infieles.

Pidió el Rey datos más precisos a Raimundo Lulio sobre su proyecto y el Maestro se los dió con detalle, asegurándole que con dar a los frailes seiscientos florines de oro para su sustento habría suficiente y le indicó también, lo que calculaba que la edificación del pequeño monasterio podría costar.

Generosamente acogió el Rey don Jaime el proyecto y puso el mayor empeño en llevarlo a término, como en poco tiempo ocurrió.

En el nuevo colegio apostólico, levantado en Mallorca, en Miramar, entraron a estudiar la lengua árabe trece frailes menores, en memoria y veneración de la augusta docena de apóstoles, presididos por Jesucristo. Todos ellos fueron, indudablemente escogidos por Raimundo, pero sus nombres se perdieron quizá para siempre y a nosotros sólo han llegado las excelsas páginas escritas allí por el Reverendo Maestro. Ni siquiera ha quedado nada de las prácticas de la comunidad, de la gimnasia intelectual a que debieron estar entregados aquellos trece católicos fervorosos, aquellos trece hombres dotados, sin duda, de privilegiada inteligencia.

De Raimundo Lulio sabemos, por lo que él mismo nos cuenta en uno de sus libros, cuál era la vida que en el monasterio hacía.

Se levantaba a media noche y abría las ventanas de la celda y rezando, con los ojos llenos de lágrimas, permanecía largas horas.

Al amanecer se dirigía a la iglesia y tocaba a maitines. Luego de dichos éstos y antes de que aún fuera de día, rezaba su misa. Más tarde se ponía a rezar nuevamente o leía en el *Libro de la Contemplación*. Volvía a rezar

después y luego laboraba en la huerta y en algunas otras labores, parte para no estar ocioso y parte para conservar la salud y la fuerza.

Comía frugalmente, entre doce y una, y marchaba de nuevo a la iglesia para dar gracias a Dios. Paseaba luego por el huerto y por todos aquellos lugares campestres que pudieran alegrar su ánimo. Luego dormía, para poder sostener mejor el trabajo de la noche. Se levantaba poco antes de la hora del *Angelus* y se lavaba las manos y la cara.

Después de puesto el sol se subía a la terraza, sobre su celda y allí permanecía, rezando y contemplando el cielo, hasta que, bastante entrada la noche, se acostaba.

Semejante debía ser la vida de los otros doce frailes, futuros vasos de apostolado, salvo las horas que dedicaban al estudio del árabe que Raimundo Lulio ya conocía. Y de esta manera, con paciencia y mansedumbre, se iba forjando una arma nueva de conquista de los infieles, con el pensamiento de que más que la eficacia de las armas, la virtud del Espíritu Santo y la dulzura habían hacer tornar de sus errores a los infieles.

«Muchos caballeros veo, dice Raimundo Lulio en su *Libro de la Contemplación*, que van a Tierra Santa de ultramar y cuidan de aquella conquista por la fuerza de las armas. Pero como se ve, al final todos se consumen sin que vengan a fin de lo que cuidan. Tengo para mí, Señor, que la conquista de aquella Santa Tierra no se podrá hacer sino por la manera como la conquistasteis Vos y vuestros apóstoles, que la conquistasteis con amor y con oraciones y derramando lágrimas y sangre.»

De tal modo movía a fervor y admiración la vida de aquellos monjes, que la iglesia se convirtió pronto en lugar de peregrinación y estaba casi siempre llena de gente. Raimundo Lulio, cada vez más alejado de las humanas vanidades, hizo trasladar su celda a un lugar alejado y ni quería ir a la iglesia cuando había gente ni que en su celda le visitara hombre ni mujer alguno.

VII

LA VIDA ATORMENTADA DE RAIMUNDO



hora que ya tenía—1277-1286—escrito el anhelado libro y fundado el monasterio de Miramar, había llegado la hora de partir. Comienza aquí la vida atormentada del Reverendo Maestro.

Raimundo Lulio quería interesar en favor de su obra al Papa y al Colegio de Cardenales. Cinco veces, en épocas distintas de su vida, se acercó a la corte apostólica y en una de sus obras *El libro de Blanquerna*, dejó escrito lo que en Roma hizo un tal Raimundo *el loco* que no es otro sino el mismo.

«Ocurrió un día—dice—que el apóstol invitó a todos los cardenales y tuvieron gran

corte aquel día. Cuando hubieron comido, vieron que se les presentaba un hombre vestido como un loco y con la cabeza rapada. Llevaba en una mano un halcón y en la otra, amarrado a una cuerda, un perro.

—Yo soy Raimundo *el loco*—dijo—que vengo por mandato de mi emperador a esta corte para usar de mi oficio y buscar mis compañeros.

Y dichas estas palabras soltó al aire al halcón y lo hizo venir dos o tres veces a su mano. Después lo golpeó con la cuerda con que llevaba atado al perro y el halcón. Como el loco le había esquivado y herido, escapó volando por una ventana, perdiendo su domesticidad. Entonces Raimundo golpeó al perro fuertemente varias veces y cuando acababa de golpearle le llamaba, volviendo el perro humildemente a su lado.

—Raimundo *el loco*—preguntó, asombrado, el Papa—. ¿Qué clase de hombre eres? ¿Por qué dices que has venido a esta corte a buscar tus compañeros? ¿Y qué significa lo que acabas de hacer con el halcón y el perro delante de nosotros?

—Señor—contestó Raimundo—. Yo era

paje en la corte del emperador y empleaba mi locura en reunir dineros y ajuntar honores y placeres. Pero el emperador me ha dicho tanto de la pasión de Jesucristo y de la nobleza de Dios, que quiero ahora ser loco para repartir lo que antes buscaba. Como en vuestra corte se tiene en mayor honra y honor a mi Amado, creo encontrar en ella muchos compañeros que sean de mi oficio.

—En cuanto a lo que he hecho en vuestra presencia, el halcón significa a los hombres que no ayudan a sus hermanos a sostener el ordenamiento de vuestra corte sin dineros o servicios. El perro simboliza a los hombres que están tan hambrientos de amor y de que Dios sea honrado que sin que nadie se los pague, sostienen sus trabajos y afanes para que Dios sea honrado.»

Claro se ve que un apostolado inmenso y una significación maliciosa encubrían la extraña locura, llena de buen juicio y de recta intención.

No debió estar Raimundo Lulio mucho tiempo en Roma, negociando con la corte apostólica el establecimiento de diversas casas, del mismo estilo que el monasterio de

Miramar, construído en Mallorca. Así mismo pidió licencia para ir en persona a la conversión de los infieles. Conseguidos ambos propósitos, Raimundo Lulio tomó el camino de Alemania, donde, en circunstancias sumamente interesantes conoció al emperador Rodolfo de Habsburgo, al que quiso sin duda asociar a la magnanimidad de sus intentos.

De su entrevista con el emperador se encuentra la referencia en otro libro suyo. Se refiere al encuentro de Blanquerna y el Juglar del Valor con un emperador, en la soledad de un bosque.

«Vieron venir a pie a un caballero que llevaba en la mano su lanza y la espada pendiente del cuello. Cuando estuvo cerca del juglar y de Blanquerna dijo el primero a éste que aquel caballero era el emperador, porque lo conocía y lo había visto muchas veces. El juglar y Blanquerna hicieron reverencia y honor al emperador que les saludó amistosamente.»

—¿Por qué extraña aventura y desventura, vais, Señor, solo y a pie por el bosque?

Como en los cuentos infantiles, el emperador se había perdido persiguiendo ardorosa-

mente a un jabalí y así lo explicó a sus interlocutores. Les dijo también que al fin consiguió alcanzar al jabalí y matarlo, no sin que antes hiriera la fiera gravemente a su caballo, que hubo el emperador de dejar abandonado en el bosque.

—¿No tenéis, amigos, algo para darme de comer? Hace dos días que no ha comido ni bebido, caminando en busca de los míos.

—Señor—contestó Blanquerna—. Aquí cerca hay una fuente donde se puede beber agua fresca y comer yerba fresca que crece abundante.

Respondió el emperador que no podía beber sin comer, ni estaba acostumbrado a comer yerba. Blanquerna condujo al Emperador a la fuente y sentados los tres sobre la hierba sacó unos panes que llevaba y comieron y bebieron moderadamente.

Satisfechas sus necesidades, se enzarzaron en aguda plática. Y, al cabo de varias horas de caminar acompañados, el Emperador sintió que le llenaba el alma la contricción de sus pecados.

—Ah, loco culpable—exclamó al despedirse—, que cazas bestias salvajes en peli-

gro de muerte. Desde ahora en adelante prometo, en presencia de Blanquerna, que todo mi Imperio y toda mi persona queden en servidumbre. Bendita sea la hora, Blanquerna, en que os encontré en mi viaje. Quiero heredar y nutrir a mis hijos y ordenar todo mi Imperio para el mejor servicio de Dios...

Por su parte, Blanquerna, hizo al Emperador amador de la gentileza y trovador de la Virgen María, caballero sirviente de Valor y protector de los juglares que habían de cantar por todo el mundo las canciones que tenían hechas en honor de nuestra Señora.

De Alemania marchó Raimundo Lulio a Berbería. Por el propio libro antes citado, sabemos que cuando andaba por la floresta, buscando un lugar donde poder edificar su celda, vió venir a dos mujeres noblemente vestidas y muy agradables. Una de ellas lloraba desconsoladamente.

Raimundo le preguntó la razón de su llanto, a lo que ella respondió que era la Fe y su compañera la Verdad y que en aquella tierra de sarracenos no querían recibirlas.

Raimundo Lulio hace en sus libros vivas descripciones de todos aquellos pueblos que visitara, en los que se adoraban ídolos o se honraba a los astros, a las aves y a las bestias. Mientras caminaba hacia Jerusalén, discutió con los que predicaban el Corán y las bienandanzas de sus paraísos.

Ante el Santo Sepulcro, Raimundo se asombraba al ver que sólo había dos lámparas encendidas, de las cuales una estaba rota. Pensaba, por contraste, en las grandes solemnidades de Roma, en la larga hilera de lámparas y cirios que ardían, mientras pontificaba el Papa, rodeada de una corona de cardenales y obispos. Y mientras rezaba, lanzaba en torno suyo miradas oblicuas, espionando por dónde sería posible introducir victoriosamente, en la Ciudad Santa, la espada de los príncipes cristianos.

El padre Pascual conjetura que fué en este cielo de sus largas peregrinaciones, cuando visitó Raimundo Lulio, Egipto, Etiopía y Marruecos. De aquí se fué a Inglaterra, regresando a España por Andalucía. Después de una breve estancia en Perpiñán, donde el buen rey Jaime II, de Ma-

llorca, se encontraba, marchó Raimundo a Montpellier. Se celebraba allí Capítulo general de predicadores.

Digno era de verse el ejército candidato de la gran Orden que, con la orden franciscana, compartía el dominio espiritual del mundo. Asistían obispos y otros preladados y frailes de todas las tierras cristianas y leyeron interesantes instrucciones y también los nombres de todos los frailes muertos aquel año.

Perdido entre las últimas filas de los concurrentes, había «un hombre lego, procurador de los infieles», el cual se puso en pie, en un momento dado, para decir que «si se hacía mención de la muerte de los frailes, cuyas almas estaban en el Paraíso, con más motivo habría de hacerse de los infieles que mueren en pecado de ignorancia y pierden vida saludable y mueren en fuego perdurable». Y su proposición fué aprobada, estableciéndose que en todos los capítulos de los frailes religiosos se hiciera mención de los infieles muertos en pecado de ignorancia.

VIII

CONTINÚAN LAS ANDANZAS DE
RAIMUNDO LULIO

cuenta un biógrafo anónimo de Raimundo Lulio, que, habiendo ido el reverendo maestro a ver el Santo Padre y a los cardenales, para obtener que se fundasen monasterios por el mundo en donde los frailes aprendiesen diversos lenguajes para ir a convertir a los infieles, encontró que el Papa acababa de morir, por lo cual se dirigió a París con objeto de leer públicamente su libro *El Arte*, que Nuestro Señor le había comunicado.

El Papa aludido era Martín IV, muerto en Roma en el mes de marzo de 1285, según

razonables conjeturas del padre Pascual, quien afirma también que el venerable maestro no se fué directamente a París, sino que mientras se deliberaba en Roma sobre la sucesión apostólica, se dirigió a Bolonia, en donde se había de reunir nuevamente Capítulo general de predicadores.

El 2 de abril del mismo año fué exaltado a la silla de San Pedro el Papa Honorio IV. Conocida la elección volvió Raimundo a Roma y de como hicieron impresión en el nuevo Papa sus instancias nos deja fidedignas pruebas el analista «Spondanus» refiriéndonos que Honorio IV, por ardiente deseo de la dilatación de la santa fe romana, por la conversión de los sarracenos y reducción de los cismáticos orientales, quiso absolutamente que se instituyera en París el estudio del árabe y de otras lenguas de los infieles y para lograrlo dirigió cartas al cardenal de Santa Cecilia y legado apostólico en las Galias. «Por la fundación de tales colegios y por la conversión de los sarracenos, añadía, he aclarado que trabaja con incansable constancia y grandísimo afán Raimundo Lulio, catalán, el cual emprendió por esta causa

largos y peligrosos viajes por Italia, Francia y Africa.»

En Roma, donde residió por algún tiempo en esta época, escribió Raimundo Lulio dos libros, de ellos el libro rimado de *Los Cien Nombres de Dios*.

Fué después de escribir estos libros cuando volvió Raimundo Lulio a París. El maestro Britolt, que no es otro que Bertoldo de Saint-Denis, le concedió un aula en su colegio.

Pronto se formó en torno de aquel peregrino iluminado, que llevaba un *Arte general* muy sutil para ser comprendido, una espesa corona de estudiantes. Pero la corona se iba aclarando poco a poco. El maestro Raimundo Barba Florida, como sus discípulos dieron en llamarle, fué pronto popular en París, pero su tecnicismo peculiar no tenía éxito, era comprendido difícilmente.

Entonces Raimundo hizo otro libro al que llamó *El arte verdadero de trovar*. Por aquella época reinaba Felipe el Hermoso, hijo de Isabel de Aragón, hermana del rey Jaime II de Mallorca. Quiso ésta conocer, pues hasta sus oídos había llegado su fama,

al maestro Barbaflorida, catalán de Mallorca, y le envió un mensajero para que le condujese a Palacio.

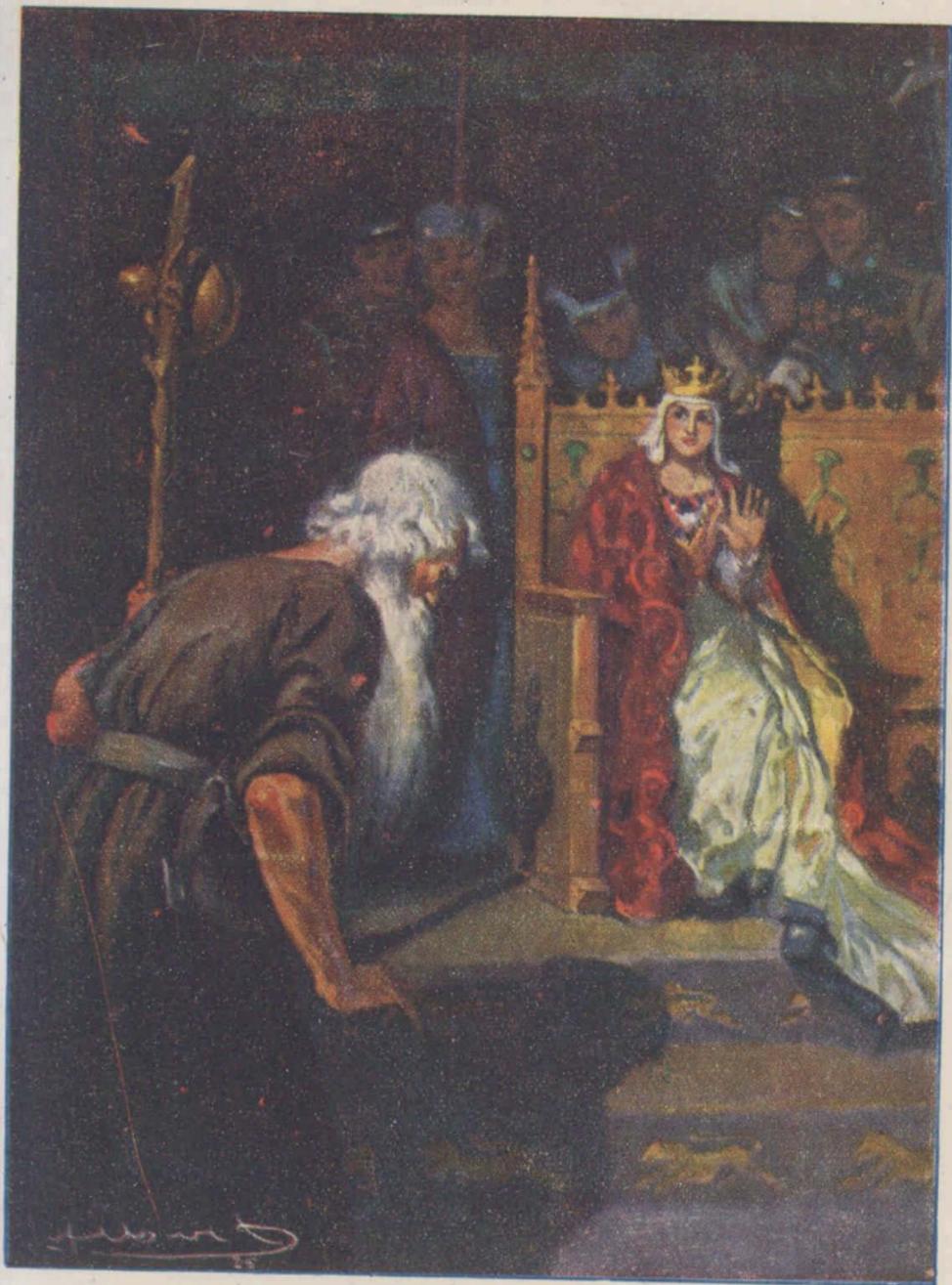
No es posible describir la sorpresa que la reina tuvo al reconocer bajo los pobres vestidos y la nieve de la barba al antiguo paje de su padre, adolescente y bello como una mujer.

Después de esta curiosa y emocionante entrevista, Raimundo conversó largamente con el rey, al que trató vivamente de interesar en sus proyectos.

Dos años continuó Raimundo en París, en esta primera estancia. Su éxito no fué considerable, según él mismo confiesa indirectamente y vista la forma del estudio se volvió a Montpellier, no sin haber conseguido que Felipe fundara un colegio de lenguas orientales en Navarra.

Poco tiempo permaneció esta vez en Montpellier, desde donde se dirigió a Génova. Y habiendo llegado allí noticias de que había sido elegido Papa Nicolás IV se dirigió a Roma, pensando que recibiría más cumplida satisfacción a sus deseos.

Este viaje a Roma no fué del todo perdi-



... la sorpresa que la reina tuvo al reconocer...

do, puesto que al año siguiente el Papa Nicolás transmitía misiones a Tartaria y, siguiendo el consejo de Raimundo Lulio, intentó unificar las órdenes de los Caballeros Hospitalarios y Templarios, como quien de dos espadas hace una, para clavarlas victoriosamente en el flanco de la infidelidad que reinaba, en el Santo Sepulcro.

Después de nuevos viajes a Montpellier y a Roma, viendo que no había conseguido casi nada, se decidió a marchar solo a la conquista de los infieles.

Llegó Raimundo Lulio a Génova en los comienzos del año 1292. La noticia de su llegada, para dirigirse desde aquel puerto a Berbería e iniciar su solitario apostolado, se esparció pronto por calles y plazas de la ruidosa ciudad levantina. Decíase que Raimundo, después de su conversión y de estancia en la cima de una montaña, había recibido una abundante provisión de ciencia divina para la conversión de los infieles y el pueblo esperaba que Dios hiciera, por manos de Raimundo, algunos milagros. Y añade el biógrafo anónimo, en latín, estas misteriosas palabras :

«Pero habiendo el Señor, como aquel que dice, visitado a Raimundo con tanto gozo del pueblo, solapadamente comenzó a probarlo con gravísima tentación.»

¿Qué le ocurrió, pues, en Génova, al reverendo maestro? El mismo nos lo cuenta en su libro *El árbol de los ejemplos*.

«Había—dice—un hombre pecador que había amado mucho las vanidades de este mundo, por las cuales había hecho a Dios abundantes vituperios y deshonestidades. Ocurrió que Dios quiso usar de mucha misericordia hacia este hombre y le hizo la gracia de que conociese su delito y trabajase, según su poder, para procurar honrar a Dios. Ocurrió que este hombre fué atacado de grave y larga enfermedad. Y Dios, para castigarle en esta vida, permitió que el demonio le redujese a no esperar en la misericordia de Dios, recordando sus grandes pecados y más la divina justicia que no la misericordia...»

Con tan fuerte vigor imaginó Raimundo Lulio, durante su enfermedad, las penas del infierno, que cuando estuvo curado y convalesciente le parecía que había estado en él y

que le habían sido revelados los terribles arcanos tenebrosos.

Mientras se prolongaba su penosa convalecencia, se tuvo noticia de que una galera se aparejaba para ir a Túnez. Raimundo se alegró mucho y se hizo llevar, junto con el tesoro de sus libros, a la galera. Pero sus amigos, viendo que se encontraba tan delicado le obligaron a quedarse en tierra, de cuya forzada dilación se dolía mucho el celo impaciente de Raimundo.

No curado del todo de la doble enfermedad moral y física, después de pocos días y contra la voluntad de sus amigos embarcó Raimundo ocultamente en Génova para Túnez, para comenzar su generoso apostolado.

Era entonces frecuente ver llegar al puerto de Génova navíos que venían de tierra de infieles o que se dirigían a estas tierras. El puerto aparecía a los ojos de los viajeros, blanco de velas. Las mercaderías llenaban los muelles, saliendo o entrando de las amplias bodegas. Caballos, cueros, ámbar, almírcle y goma, eran los principales productos que enviaban a Europa los países fabulosos.

En uno de estos navíos embarcó Raimundo, observando, al poner el pie a bordo, que los marineros hacían cruz del árbol y la antena, para que se llenase de viento la vela que había de arrastrarles por la azul inmensidad. Bajo la cruz se colocó Raimundo y a sus instancias, para que sus amigos no le retuviesen nuevamente, se puso en marcha el barco.

Quizá viéndose tan pequeño ante la inmensidad del piélago y ante la inmensidad del apostolado que iba a emprender, Raimundo se puso de rodillas sobre la cubierta y levantando los ojos al cielo rezó fervorosamente :

«Así como los marineros que se ven a punto de perecer en el mar se confían en Vos, Señor, así yo que veo zozobrar mi nave en el mar tempestuoso de mis pecados me encomiendo a Vos y os ruego humildemente que aligeréis de pecados mi barco y le llenéis con vuestras virtudes, para que no naufrague.»

Tras de una travesía feliz, llegó Raimundo Lulio a Túnez, donde convocó inmediatamente a los doctores de la ley de Mafumet. Fué recibéndolos separadamente y dicién-

doles, entre otras cosas, que él sabía bien las razones de las leyes de los cristianos en todos sus artículos y que había ido a Túnez para sí, oídas las razones de la ley de Mafumet y después de haberlas discutido mutuamente, veía él o los otros que sus razones eran más poderosas, se convirtiese el vencido a la religión del vencedor. Y ocurrió que durante muchos días y día tras día estuvo discutiendo con los doctores que acudieron a controvertir con él y siempre pudo contestar fácilmente las razones que ellos le daban en apoyo de su religión dejándoles absortos y maravillados con sus argumentos.

Parecía que la aguda y fina dialéctica de Raimundo se abría camino e iba aclarando el entendimiento de los doctores sarracenos, cuando ocurrió un hecho que frustró su apostolado.

Un sarraceno famoso que había oído las palabras y había comprendido la intención de Raimundo, pidió al rey insistentemente que, cuanto más pronto mejor, diese orden de matar a aquel cristiano cuyas predicaciones trastornaban al pueblo sarraceno. El rey convocó a su consejo y por mayoría de votos

se decidió que el Reverendo Maestro debía morir.

Dios velaba, sin embargo, por Raimundo. Porque cuando ya el rey se disponía a decretar la muerte del apóstol cristiano, un moro de gran mérito que asistía al consejo se puso en pie para decir, poco más o menos :

—No es posible que tan alto príncipe y rey como tú pueda dictar tan cruel juicio, sentenciando a muerte a quien, por ensalzar su religión, se mete en este peligro. Si, por otra parte, hiciéramos lo que nos pide, ocurriría que daríamos la razón a los cristianos cuando condenasen a morir a los sarracenos que fueran a sus tierras a convertirlos a nuestra ley. En cuyo caso no se encontrarían moros que quisieran hacerlo, lo que sería contrario a nuestra ley y en derogación de la misma.

Tan convincentes palabras supo decir el sarraceno, espontáneo abogado de Raimundo, que el rey revocó el consejo y su primera determinación. Pero decidió que se expulsara a Raimundo de Túnez.

En virtud de esta orden, sacaron a Raimundo de la cárcel para embarcarlo en una



Rodeado de guardianes salió de la cárcel Raimundo.

nave genovesa. Entre tanto, el pueblo se había alzado, por las excitaciones de las personas interesadas, contra el predicador cristiano y en la puerta de la cárcel y en las calles que hubo de atravesar para llegar hasta el puerto le aguardaba una multitud turbulenta.

Rodeado de guardianes salió de la cárcel Raimundo. Y a fe que no fueron estas precauciones en daño suyo, porque según su historiador anónimo al que hemos aludido diversas veces «no podrían contarse cuántos fueron los golpes que le dieron, las piedras que le arrojaron».

Entre blasfemias y vituperios, después de recorrer su calle de la Amargura, fué Raimundo embarcado en una nave genovesa dispuesta a zarpar y el rey publicó un bando para que fuese lapidado, si nuevamente se le ocurría volver a Túnez.

De este modo terminó su primera misión, que no fué del todo inútil porque le había servido para conocer los lados flacos de la fe sarracena. Pero Raimundo Lulio al verse embarcado con destino a su punto de origen, se sintió embargado por dolor inmenso. Pen-

saba con pena en que ya había preparado, cuando se le prendió, para recibir el bautismo, a algunos varones de gran reputación y a muchísimos otros. Y se encontraba en perplejidad terrible, pues si se marchaba dejaba sumidas a todas aquellas almas en los abismos de la ignorancia y si se quedaba sabía que habían de matarle, sin provecho para su obra.

En el mismo barco que le traía a Génova escribió Raimundo su libro titulado *Tábula generalis*. En Nápoles terminó su libro de *Los cinco sabios*. Y como por aquella época fuese elegido Papa Celestino V, Raimundo Lulio entregó al nuevo Pontífice una petición, cifra y compendio de sus designios, encabezada con este título: «Petición de Raimundo».

Pedía Raimundo Lulio a Celestino V y a los cardenales que abrieran el doble tesoro de la Iglesia para que los que vivían en el error viesan la luz de la verdad y conocieran el fin para el que habían sido creados. Pedía nuevamente que se buscasen hombres dispuestos a morir por Dios, que aprendiesen las lenguas de los infieles y se fuesen a pre-

dicar por todo el mundo. Y pedía que para este fin se designase un cardenal y para sostener los necesarios colegios, se destinase a tan alto negocio el diezmo de lo que recogiera la Iglesia.

Pedía también que se designase otro cardenal que se ocupase de organizar la guerra contra los infieles. Y que los dos siempre de acuerdo no cesaran en sus funciones hasta que todo el mundo fuese cristiano. Y dedicaba gran extensión a la conveniencia de que la Iglesia hiciese amistad con los tártaros, mediante la disputa y la persuasión, ya que ellos podían ser muy útiles y como no tenían religión permitían que en sus tierras fuese predicada la ley cristiana.

Es interesante saber quiénes eran estos tártaros, que de tal modo interesaban a Raimundo Lulio. Lo que era la Germania en tiempos de Tácito venía a ser, en los de Raimundo Lulio, la Tartaria. Una nube negra y amenazadora que tanto podía traer el diluvio devastador como la lluvia benéfica y vivificante.

Los tártaros, pueblo caucásico, lo formaban hombres medio salvajes. Bebían un fer-

mento de leche de yegua y cabalgaban caballos ligeros y fuertes. Pesaba por entonces sobre el mundo cristiano un gran temor de los tártaros, engrandecido por el prestigio de la lejanía. Todo el mundo, escribe Raimundo Lulio, tenía los ojos fijos en el horizonte para atisbar si ya venía, con gran rumor de alas y gran estridencia bárbara de voces, la invasión tartárica entoldando el cielo y asolando la tierra.

Pues a este pueblo señalaba Raimundo Lulio a la solicitud apostólica del Papa y de los cardenales. Esperaba que la religión cristiana les haría más dulces y que al conjuro de los nombres del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, se detendría el amenazador tropel de los caballos apocalípticos.

* * *

Sobrevino, hallándose Raimundo Lulio en Nápoles, la renuncia que después de cinco meses de señoría hizo el Papa Celestino V, y en la misma ciudad fué exaltado a la singular y gloriosa majestad de apóstol el Papa Bonifacio VIII.

Con Bonifacio VIII y la curia, que se dirigía a Roma para la coronación, marchó Raimundo a Roma, siempre atento a aprovechar cualquiera oportunidad para lograr sus propósitos ya conocidos.

No era ésta, sin embargo, buena oportunidad. El nuevo Santo Padre no le dijo nunca que no, pero graves asuntos solicitaban su pastoral atención hacia otro campo, que no era precisamente el de Raimundo. Fué entonces cuando el Reverendo Maestro, el caballero errante de Cristo, sintió que sus esperanzas, largamente alimentadas, comenzaban a desmoronarse y con la cabeza nevada entre las manos suspiró la canción del *Desconort*, poema en 69 estrofas en las que destiló, como en otras tantas copas, la esencia de su corazón herido al ver «que ni el Papa ni los otros señores del mundo querían poner orden en convertir a los infieles».

Una tarde hallábase Raimundo sentado a la sombra de un árbol, en la campiña romana, cantando la composición últimamente compuesta para aligerar un poco su dolor. Un monje que por aquellos contornos paseaba sintió el canto doloroso y piadoso y por

el hilo del canto vino a dar con el viejo cantor.

Cortésmente le preguntó la causa de su aflicción, así como su nombre y estamento, y cuando lo hubo sabido se mostró lleno de alegría, pues justamente hacía mucho tiempo que iba buscando a Raimundo Lulio, para suplicarle escribiese un libro para que se pudiera entender más fácilmente su arte.

Se excusó Raimundo, a causa del estado de ánimo en que se encontraba. Pero vencido por la suplicante insistencia del monje resolvió hacer el dicho libro a la manera de un árbol, es decir, con raíces, tronco, ramas, hojas, flores y frutos.

No floreció en un solo árbol el pensamiento de Raimundo, sino en una larga generación de árboles—dieciséis—cada uno de los cuales lleva un bello y significativo título: *Elemental, Vegetal, Sensual, Imaginal, Humanal, Moral, Imperial, Apostolical, Celestial, Angelical, Eviternal, Cristianal, Divinal, Exemplifical* y *Questional*. Los primeros son un poco áridos, pero los que vienen después del *Arbol Moral* florecen en tiernos y bellos pensamientos, justificando

los versos que el gran poeta Rubén Darío les dedicó, contemporaneamente :

Sus robles filosóficos están llenos de nidos
[de ruiseñor...

Finalmente, viendo Raimundo que del Santo Padre no podía obtener nada, se dirigió a la ciudad de Génova donde compiló algunos libros. Fué luego a entrevistarse con el rey de Mallorca y después marchó nuevamente a París, donde leyó en público su *Arte* y compuso otros muchísimos libros.

En la época de este segundo viaje a París tenía Raimundo más fama que cuando, durante su primera estancia, le llamaban sus discípulos el Maestro Raimundo de la Barba Florida. Se le escuchaba con vivo interés y se le plantearon cuestiones. Un socio de la Sorbona, Tomás Myesier, de Arrás, fué, según parece, discípulo suyo, y también le planteó cincuenta cuestiones, para que las resolviese por medio de su *Arte*.

Raimundo se dedicó, por entonces, con preferencia, a combatir «las opiniones de algunos filósofos condenados por el obispo de París», es decir, las proposiciones censuradas

por Esteban Tempier el año 1277, algunas de las cuales eran la profesión de la incredulidad parisién al final del siglo XIII. No debió quedar muy contento de sus disputas con los averroistas (1) de París cuando se convenció de que era necesario tomar otro camino más recto y de mayor eficacia. Más fácil que la campaña hecha por medio del saber había sido siempre la que hiciera por los medios del amor. A cuyo fin se dispuso a escribir un *Arbol de filosofía de amor*.

Terminó Raimundo su libro cerca de la ciudad de París el año 1298 y ofreció un ejemplar en latín «al muy noble señor, sabio y buen rey de Francia» y en romance vulgar otro «a la muy noble, sabia y reina de Francia, para que lo multiplique en el reino de Francia, en honor de Nuestra Señora Santa María, que es soberana mujer de amor». Era esta reina doña Juana de Navarra que, según la expresión de un cronista «tenía a todo el mundo encadenado por los ojos, por los oídos y por el corazón, porque era igualmente bella, elocuente y buena».

(1) Averroes fué un famoso filósofo cordobés, cuyas doctrinas influyeron en todo el saber de su época.

Dos años estuvo Raimundo en París. Desde allí tenía proyectado dirigirse a Mallorca; al pasar se detuvo en Barcelona, para ver al rey de Mallorca que por aquel tiempo regresaba, después de haber vencido a su hermano Federico, rey de Sicilia. El 30 de octubre del mismo año de 1299 el rey Jaime II otorgó a Raimundo Lulio licencia para predicar en todas las sinagogas de los judíos, los sábados y domingos y en las mezquitas de los sarracenos los viernes y los domingos por todas las tierras y señoríos del citado don Jaime, para exponer a los judíos y sarracenos todos la verdad de la fe católica. En dichos días el rey obligaba a los judíos y sarracenos a oír al maestro Raimundo Lulio. Se les autorizaba, aunque sin obligarles, a que contestasen a su exposición y predicación.

En Barcelona escribió Raimundo Lulio el *Libro de la Oración*, a requerimiento «del muy alto y noble señor don Jaime, rey de Aragón y de la muy alta y noble doña Blanca, reina de Aragón, su mujer». Poco tiempo después embarcaba el Doctor Iluminado para Mallorca, su tierra natal.

IX

NUEVO VIAJE A LA CONQUISTA DE
INFIELES

Como, entre tanto, llegaran a Mallorca noticias de que el Gran Tártaro había conquistado todo el reino de Siria, Raimundo vió el cielo abierto y le faltó tiempo para embarcar con rumbo a Chipré. Con alegría infinita creía que, por fin, había sido libertado el Santo Sepulcro y toda la Tierra Santa de Ultramar y que el Gran Tártaro habría hecho todo lo que no hicieran los príncipes cristianos.

Pero sus ilusiones eran, por desgracia, excesivas. La noticia no era falsa, pero sí retrasada, porque bien se sabe que en aquellos lejanos tiempos no existían los medios de

comunicación que hoy nos permiten enterarnos cada día de los acontecimientos mundiales.

La realidad había sido que en el año 1300 el gran tártaro Kasan, que era cristiano, armó 200,000 jinetes y peones contra los sarracenos de Siria, para arrebatár de sus manos la Tierra Santa.

Los tártaros vencieron en batalla campal a Haman, sultán de Egipto y a Milechnacer, que reinaba en Siria, los cuales salieron al paso de los tártaros con 100,000 jinetes y multitud inmensa de peones.

Después de esta batalla y empujando a los sarracenos hacia Egipto, avanzó Kasan enseñoreándose de toda la Siria, que nunca habían podido conquistar los cristianos de occidente.

Pero el Gran Tártaro se vió pronto obligado a retornar a Persia, para ahogar una rebelión promovida por Baydó, su pariente, y de esta manera el botín sagrado se escapó de sus manos, antes de que hubiesen podido consolidar la victoria.

Con dolor entrañable contempló Raimundo hundirse, una vez más, sus esperanzas.

Y viendo que no podía acabar la empresa para la que había dejado de nuevo los patrios lares, pensó que podría hacer para que el viaje no fuera infructuoso.

A este efecto, Raimundo se hizo llevar a la presencia del rey de Chipre, al que suplicó que hiciese venir para oír su predicación a algunos herejes que había en su tierra, a cambio de lo cual se ofrecía para ir a informar en la santa fe católica al sultán de Babilonia y al de Egipto.

Aunque el sultán no prestó mucha atención a los ofrecimientos de Raimundo, no cesaba éste de confundir a los dicho herejes con predicaciones y discusiones. Y fué entonces, hallándose en Chipre, cuando a causa de sus trabajos sin duda, le acometió cierta enfermedad. Dos personas le asistían durante su enfermedad, un capellán y un mozo, los cuales, olvidando sus deberes y para apoderarse de los bienes de Raimundo, trataron de envenenarlo.

Conoció Raimundo el tóxico, disimulado en una medicina «y con gran humildad les despidió», marchándose a la ciudad de Famagost. Le recibió en ella, con los brazos

abiertos, el gran Maestre de los Templarios, que habitaba en la ciudad de Limisso. Por entonces declinaba la famosa milicia que sostuviera, según las palabras grandilocuentes del abad de Claravall «una doble lucha contra la carne y contra la sangre y contra los espíritus de la maldad, inflamados del mismo celo por la Casa de Dios con que el Caudillo Divino de los Templarios, inflamado vehementísimamente, armó su mano santísima no con el hierro sino con el látigo para echar a los mercaderes del templo». Pero como no pudieran impedir que el Santo Sepulcro fuese tiranizado por los sarracenos, los tristes expulsados del Calvario fueron a ocultar la confusión de la derrota a la isla de Chipre, donde aquellos guerreros «mal peinados, rara vez limpios, sucios de polvo, ásperos de cabellos, hirsutos de barba, negros de hierro y quemados de sol» estaban, ganados por la blandura de la vida en la isla, con las manos expertas en la lucha sobre el pomo de las espadas ociosas.

El gran Maestre de los Templarios tuvo a Raimundo Lulio en su casa hasta que hubo recobrado la salud.

Nuevamente embarcó Raimundo para Génova, donde hizo diversos libros, entre los cuales *El libro de los Mil Proverbios*. De ellos, puesto que brevemente dan idea de la fina capacidad de observación de Raimundo Lulio, de su soberana inteligencia, vamos a reproducir algunos, escogidos al azar :

De Dios.—Todo hombre que entra en combate con Dios sale vencido.

De Prelado.—Cruz, anillo y mitra, no tienen tanta belleza como piedad, caridad y castidad.

De Príncipe.—Ira de mal príncipe, alimenta en el pueblo amor y temor.

De pariente.—Si con virtudes puedes ennoblecere nuevo linaje, con pecados puedes envilecer el linaje más antiguo.

De compañía.—Bestia que come carne no hace buena compañía con bestia que no la come.

De vecino.—No hables al vecino de su mujer ni de la tuya.

De enemigo.—Más miedo has de tener de tu enemigo durmiendo que velando. No duermas mientras que tu enemigo vela.

De justicia.—Quien quiere justicia, compra injuria.

De prudencia.—Prudencia vela en tanto que la imprudencia duerme.

De templanza.—Quien tiene templanza no necesita médico. Cuando vayas convidado convida a la templanza.

De verdad.—La verdad va de día y la falsía de noche.

De largueza.—Más te da el pobre que te pide por amor de Dios que lo que tú le des.

De cortesía.—Palabra cortés significa pensamiento amable. Quien da cortesía, dobla cortesía.

Dice el biógrafo anónimo de Raimundo Lulio que embarcó en una nave para Génova donde hizo diversos libros, pero no sin que antes pasara por Montpellier donde también escribió varios libros y diversos sermones esquemáticos de Dios y de los ángeles y del Cielo y del hombre, sermones de las nueve principales virtudes y de los nueve vicios capitales, sermones de panegíricos de Santos. Y aún escribió a comienzos de 1305 su libro *De fí*, que es un ultimatum y una conminación, la suprema conminación con-

tra todos los poderosos del mundo indiferentes ante la pública utilidad, a los cuales emplaza ante el Juez Supremo y a los cuales anuncia que él, Raimundo Lulio, estará presente para señalarles con el dedo.

El Doctor Iluminado, después de su conminación, audazmente terminadas con aquellas palabras evangélicas, llenas de terrible misterio: El que tenga oídos para oír, que oiga—se refiere a un pasaje del evangelista San Lucas cuando los apóstoles, el día antes de la Pasión, dijeron a Jesucristo:

—He aquí dos espadas.

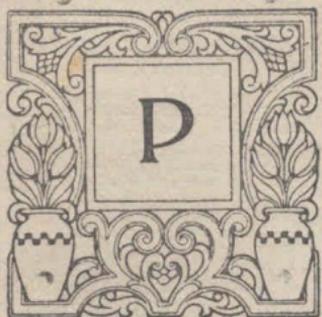
Y Jesucristo contestó:

—Ya hay bastantes.

Raimundo ve en estas palabras un símbolo. Cree que basta con dos espadas para conquistar el mundo, la espada de las palabras dulces, persuasivas y la espada de hierro riguroso. Para forjar la primera contra los infieles supone que bastaría con cuatro monasterios, en los que se enseñasen las cuatro lenguas de los infieles. Al tratar de la espada corporal comienza la parte más interesante y bella del libro.

X

LA GESTA DE LOS SEIS AÑOS



Para liberar a Tierra Santa, era necesario, según Raimundo Lulio, que el Papa y los señores cardenales eligiesen y ordenasen una orden noble llamada «Orden de milicia» y un caudillo de la misma que fuese Maestro, Señor y Rey Guerreador.

Este caudillo, al que debía dársele si fuese posible el reino de Israel y sino otro cualquiera, debía ser hijo de reyes, tanto por el honor que se le confería como porque todas las órdenes militares se sujetasen a él voluntariamente.

Lo primero que había de hacer el Papa era fundir en una sola espada todas las espadas de las órdenes militares—Templarios,

Hospitalarios, de Calatrava, etc.—y mandar que entrasen todas en esta única orden de milicia. La cual «había de ser de color rojo, para significar que la primera cruzada fué teñida de la sangre de Jesucristo y, además, porque el color rojo mueve el corazón y la sangre a la audacia. Quería además Raimundo Lulio que la cruz roja de la orden de la milicia se colocase sobre fondo negro—representando las tinieblas que invadieran la tierra cuando Jesús expiró en la cruz. Los hermanos de la orden del rey Guerrerador deberían llevar gran barba «como la suelen llevar los desolados por una gran tristeza». Y como Jesucristo comía en mesa común con sus apóstoles, la mesa del rey Guerrerador sería accesible a todos los hermanos, sentándose el rey a la cabecera, honradamente.

Para la invasión de Siria y la conquista del Santo Sepulcro señalaba Raimundo Lulio cinco puntos. El primero sería pasar por tierras del emperador de Constantinopla y de allí, por tierras de los turcos y por Armenia, llegar a Siria. Pero este camino, muy difícil y largo, exigía un gran ejército y mu-

chos gastos y no era por consiguiente el preferible.

El segundo plan consistía en llegar a una isla llamada Raise, cerca de Alejandría. Con buques y soldados suficientes esta isla podía tomarse y conservarse incluso como base militar. El inconveniente en este caso era, aparte también lo largo del camino, la necesidad de inmovilizar una parte considerable del ejército invasor.

Tampoco la marcha por Chipre y Armenia le acababa de satisfacer, porque estas tierras no son saludables para todos, así como por estar demasiado poblados y necesitarse consiguientemente de grandes ejércitos se decidía por el avance a través de Túnez.

El quinto lugar, que era España, le parecía el preferible. Entrando por Andalucía con poco ejército podría el rey iniciar la conquista, tomando ahora un campamento, ahora un burgo, más tarde una villa. Conquistada Andalucía, el rey, con el ejército aumentado progresivamente, podría ir más allá, Berbería, el reino de Ceuta. Después iría el ejército conquistador aumentando y consolidando las conquistas y, por último,

en campo llano, podría presentar batalla a los sarracenos y liberar a Tierra Santa de Ultramar y a todo el Egipto.

A continuación Raimundo exponía las observaciones que tenía hechas, favorables todas a su plan y más favorables todavía por la fe que le iluminaba.

Muchos cristianos, espontáneamente y costeándose por cuenta propia el armamento, se unirían al ejército del príncipe Guerrerador. Los cristianos tienen sobre los sarracenos la superioridad del armamento y de la cabalgadura. Si los peones cristianos fuesen armados con ballestas de dos pies, no podrían ser contrarrestados por los peones ni por los jinetes sarracenos, con tal que los dichos peones fuesen protegidos por cualquier clase de escudo. Los sarracenos no se saben proteger y ofrecen el pecho casi desnudo a la violenta mordacidad del dardo.

Además—seguía discurrendo—, los cristianos tienen a los almogávares, infantes muy diestros en el manejo de las armas y que resisten las marchas continuas, días y noches. Estos guerreros son muy necesarios para conquistar tierras y sería conveniente

que el rey Guereador reuniera a muchos de ellos, pero vestidos con la túnica negra y la cruz roja.

Convenía, por otra parte, que el rey Guereador tuviese un Navarca cuya misión sería devastar toda la costa sarracena de trigo y ganado. Una embarcación, armada en corso debería perseguir todo lo que se llevase a los sarracenos. Ningún cristiano, bajo pena de excomunión y confiscación de bienes, debería ir a comprar mercaderías a Alejandría ni a Siria.

Los sarracenos egipcios y babilónicos no son buenos hombres de guerra, sino que compran en los mercados de Grecia, en donde se los venden malos cristianos, tártaros o turcos, a los que llaman «Molucs», y con ellos se defienden. Aquella nave armada en corso tendría también por misión evitar que los «molucs» llegasen a Babilonia y suspendería el mercado de perfumes que de Egipto eran traídos a tierras de cristianos, con lo cual el sultán se vería reducido a la pobreza. Los mercaderes cristianos, catalanes o genoveses, se acostumbrarían a ir a comprar armas a Baldac o a la India, fuera de las tie-

rras del sultán. Egipto y Babilonia no podrían resistir tal bloqueo y devastación y se podría así terminar, en seis años, la gran gesta.

Raimundo Lulio creía que detrás del ejército de cruzados debían ir predicadores con el doble espíritu de Matatías, que predicasen a los cruzados de virtudes y de vicios y de maneras de guerrear. Debían ir juristas y médicos y cirujanos, que curasen a los enfermos y heridos según el *Arte de la Medicina* por él compuesta y no debían faltar clérigos conocedores de los propios libros árabes. Y en último término en dicha orden habían de profesar mecánicos y menestrales, carpinteros, sastres, curtidores, mensajeros, pastores... Así, en torno del ejército de Israel se oiría un vasto rumor de paz.

Este libro llegó a manos del Papa Clemente V, a quien lo envió el rey de Aragón. El cual, en Montpellier, ofreció su persona, su ejército, su tierra y su tesoro para guerrear con los sarracenos todo el tiempo que pluguiese al Papa y a los señores cardenales.

A principios de 1306 volvió Raimundo Lulio a París. Iba a ver si conseguía mover en favor de sus planes el espíritu de la Sorbona. Por cierto que hallándose en ella y, a poco de su llegada, el famosísimo doctor escocés Juan Duns, que le vió con su aire de peregrino, tomándole por un ignorante, le preguntó con suave ironía.

—Señor ¿qué parte es?

Se lo preguntaba en sentido gramatical, pero Raimundo Lulio, con agilidad y gentil continente, repuso:

—El Señor no es parte, que es todo.

No logró tampoco esta vez que se le atendiera y después de acudir al Papa con sus eternas peticiones apostólicas, volvió a Mallorca donde embarcó para Berbería, o Bujía.

Olvidándose de los peligros que otra vez corriera, aprovechó los momentos en que la plaza estaba llena de gente para comenzar a predicar en alta voz:

—La ley de los cristianos, gritaba, es santa y verdadera y la de los moros falsa y malvada, lo cual estoy dispuesto a probaros.

No esperaron los moros, dedichadamente, a que diera comienzo a su demostración y

rodeándole airados le maltrataron, intentando matarle. Y como para ello promovieran gran barullo, el cadí de la ciudad quiso enterarse de lo que acaecía y tan pronto fué informado, dispuso que se llevase a su presencia al reverendo maestro.

—¿Como es tanta tu locura, cristiano—comenzó diciendo— que quieres impugnar la ley de Mahoma? ¿No sabes, además, que quien la impugna debe morir?

—El verdadero servidor de Dios—contestó Raimundo—no debe temblar ante la muerte para manifestar a los infieles que viven en el error y tratar de salvarles.

—¿Pero cuál es la falsa ley? ¿La de los moros o la de los cristianos? Me gustaría oír tus argumentos.

—Pues concédeme un lugar en donde estén presentes tus sabios y estaré muy complacido probándoos por razones necesarias que la ley de los cristianos es santa y verdadera.

Se fijó lugar y tiempo. Y reunidos todos, bajo la presidencia del caid, Raimundo lanzó la primera pregunta y argumentó después tan profundamente para probar la San-



—El verdadero servidor de Dios—contestó Raimundo.

ta Trinidad que el caid quedó maravillado y no respondió palabra pero dispuso que Raimundo volviera a la cárcel.

La multitud, aglomerada en la calle, quería lapidar a Raimundo, pero el caid ordenó que nadie se atreviera a tocarle, porque él quería condenarle a muerte con pruebas y sentencia.

A pesar de la prohibición, las piedras llovieron sobre el Reverendo Maestro, mientras se le conducía a la prisión y no solamente piedras sino golpes y tirones de la barba. Por muerto casi lo dejaron y si no le remataron debióse a la defensa que hicieron los soldados que le conducían. Como pudieron le llevaron hasta la inmunda cárcel donde le dejaron, con una pesada cadena al cuello.

Al siguiente día se reunieron los sabios que habían oído el discurso de Raimundo y pidieron al caid que fuese lapidado el apóstol prisionero. Pero reunidos nuevamente en consejo, acordaron que se le hiciese venir a su presencia y si se comprendía que era hombre de ciencia, muriese, pero si se trataba de un loco, se le dejase marchar. También en esta ocasión se tomó por Raimundo

un interés muy vivo un moro que lo había conocido en Túnez, el cual, abogando por el loco de la divina locura de la Cruz, dijo:

—Guardaos de hacerle venir, porque os hará tales argumentos contra nuestra ley que os será imposible de responderle.

Deliberaron los sabios por tercera vez y tomando como bueno este consejo determinaron no llamarle, pero hacerlo morir trasladándole a una cárcel más infecta.

De esta horrorosa prisión le sacaron las súplicas de unos mercaderes cristianos, que consiguieron fuese trasladado a otra prisión más soportable.

En ella permaneció Raimundo seis meses. A ella iban cada día los sarracenos que iban sabiendo de su fama y de su ciencia, para rogarle que se convirtiese a la ley de Mahoma. Para ello le tentaban ofreciéndole «mujeres, honores y tesoros infinitos». A todo lo cual respondía Raimundo ofreciéndoles, si querían creer en el Santo nombre de Jesús, vida eterna y tesoros que nunca desaparecen.

Duraba esta pugna días y días, por lo

cual uno de los moros visitantes le propuso que cada una de las partes, manteniendo su opinión y creencia, hiciese un libro, «en el que cada uno probase ser su fé la verdadera y aquella ley que con mejores razones fuese probada sería la que tuviese por mejor. De la cual cosa se placía mucho el Reverendo Maestro, porque tenía confianza en Nuestro Señor y contaba con que, en aquella forma, convertiría a los infieles».

Raimundo Lulio se puso al trabajo, escribiendo la *Disputa de Raimundo el cristiano con Hamar, sarraceno*, libro que acabó seis años más tarde. En él se establece el contraste entre la religión de Mahoma, esparcida por la sangre y la violencia y la religión de Jesucristo, comenzada y multiplicada con palabras persuasivas de predicación y con la sangre, generosamente vertida, de los mártires benditos.

Pero los sarracenos, viéndose vencidos en el terreno de la libre discusión y considerándose humillados, se resistían a confesarlo así. Y el rey de Bujia determinó expulsar a Raimundo, a cuyo efecto lo hizo embarcar en una nave dispuesta a partir para Italia y

mandó al patrón, bajo penas gravísimas, que no le dejase desembarcar en tierras de sarracenos.

Cerca del puerto de Pisa estaba ya la nave en que Raimundo iba conducido como prisionero, cuando se produjo una tempestad terrible, que produjo el naufragio de la embarcación y la muerte de la mayor parte de sus tripulantes. Raimundo se salvó con otro compañero, pero perdió todos sus libros, que era para él como perder la mitad de su vida. También perdió, en la catástrofe, sus ropas, de modo que llegó a tierra completamente desnudo.

La ciudad de Pisa le recibió dignamente, dándole uno de los ciudadanos ropas y amable albergue en su propia casa. Raimundo se retiró más tarde a un convento de dominicanos, que le recibieron también con los brazos abiertos.

Como siempre en casos semejantes, Raimundo cuya barba era ya blanca, cuyo rostro tenía las huellas de los muchos sufrimientos de seis años de prisión, pero cuyo corazón se encontraba en plena juventud todavía, dedicó largas horas a escribir *El*

Arte general Ultimo y sus energías físicas a suscitar una cruzada para concitar contra los sarracenos todas las armas piadosas. Propuso en el Consejo de Pisa que algunos ciudadanos se hiciesen caballeros de Jesucristo para conquistar Tierra Santa. A ruegos suyos, el Consejo de Pisa escribió al Padre Santo sobre estos asuntos.

Raimundo marchó seguidamente a Génova. Muchas personas, sabedoras de sus propósitos, le hicieron largos ofrecimientos de dinero. El Maestro marchó a Aviñón, donde el Papa se hallaba y como pronto viera que nada útil podía realizar allí, otra vez marchó a París, para leer públicamente sus libros. Para escucharle vinieron no solamente estudiantes, sino muchos maestros, los cuales testificaron que su Santa ciencia no solo era corroborada por razones de filosofía, sino también por principios y reglas de santa Teología.

La Universidad de París le expidió, a su petición, un documento, en el que más de cuarenta doctores, entre ellos el Maestro Juan Scott, declaran que habían oído explicar por espacio de algún tiempo a Raimun-

do Lulio su *Arte breve* y que la consideraban una arte buena, útil y necesaria, sin que hubiera nada en ella contra la fe católica, antes bien pudiendo encontrarse allí muchas cosas en sostenimiento de la dicha fe.

En París, a finales de 1310 comenzó Raimundo a escribir su bella obra dramática, en latín *De natali parvuli pueri lesu*—drama religioso, especie de auto sacramental o de pastores, en el que las figuras se mueven con gestos graciosos y lentos que parecen reverencias.

Más tarde, sabedor el Reverendo Maestro de que por el Santo Padre Clemente debería ser convocado consejo general en la ciudad de Viana decidió ir al dicho consejo para proponer tres cosas. Con apresuramiento senil hizo el largo viaje. Y andando andando se encontró con un clérigo que, humilde y graciosamente, después de saludarle, le preguntó su nombre.

—Me llamo Raimundo Lulio.

—¿Sois Raimundo Lulio?—volvió a interrogar el clérigo—. Ya he oído contar muchas veces de vos que erais un gran fantás-



—Me llamo Raimundo Lulio.

tico. ¿Queréis decirme, si os place, que vais a buscar al concilio?

—Tres cosas. Primero que el Santo Padre y los señores Cardenales se decidan a fundar colegios donde se estudien las diversas lenguas de los infieles. Segunda, que el Papa y los señores Cardenales acuerden refundir en una sola todas las órdenes militares que vaya a Ultramar, guerreando hasta que sea reconquistada Jerusalén. Tercero, que el Papa y los Cardenales ordenen que los errores de Averroes sean estirpados, como gravemente dañosos para la fe romana.

El clérigo, al oír esto, prorrumpió en grandes carcajadas.

—Yo creía, Raimundo, que erais un poco fantástico, pero ahora veo que lo sois del todo.

—Tal vez es como decís, señor clérigo —contestó Raimundo—. Pero yo no acierto a comprender dónde están mis fantasías, ya que todas las cosas que os he dicho son bien hacederas y convendría que fuesen hechas y serían ciertamente fructuosas. Quizá ocurra que el fantástico fueseis vos, que os reís sin prestar atención a mis palabras, a pesar de

que por ser vos clérigo y yo lego deberías antes que yo haber inclinado a semejante empresa la mente y la devoción.

Contestó el clérigo agriamente y Raimundo, sin tomar en cuenta las amenazas y los escarnios, dijo a su vez :

—Señor clérigo, puesto que me creéis fantástico ¿queréis que discutamos quién tiene razón y sean nuestras razones terminadas en el concilio?

Aceptó el clérigo, quien comenzó su argumento en la siguiente forma :

—Mi padre fué un pobre hombre rústico y yo, mendigando el pan, terminé mis estudios. Después que hube adquirido ciencia, se me otorgó un rico beneficio. He sido laureado en Arte y en Derecho, ordenado presbítero y elevado a la dignidad superior. Juntando beneficio con beneficio, he enriquecido a mis hermanos rústicos. ¿Os parece esto poca cosa? Pues aun hay más. Los he hecho caballeros, he casado a mis hermanas con hijos de caballeros y del más vil estamento he levantado a toda mi familia al más alto estamento. Estos tres jóvenes estudiantes que vienen cabalgando detrás de mí,

son mis sobrinos, cada uno de los cuales goza ya de un buen beneficio y todavía en este concilio quiero obtener más para ellos. De mí mismo ¿qué os diré? Una honrada preladía me llama a la corte y tengo el propósito de obtenerla y vivir en gran honor. Tengo una suficiente compañía de palafreneros y escuderos, se me sirve la comida en vagilla de plata y, finalmente, dispongo de grandes riquezas y como hombre rico gasto. Decidme ahora, si gustáis, si puede tenérseme por hombre fantástico, o bien por sutil y diligente.

Replicó Raimundo :

—Yo fuí hombre sometido a la orden del matrimonio. He tenido hijos. Viví en la abundancia de bienes terrenales. Fuí lujurioso y mundano. Todo lo abandoné voluntariamente para procurar la mayor honra de Dios y la pública utilidad. He aprendido el árabe y muchas veces he ido a predicar a los sarracenos. He sido preso y golpeado por defender la fe. He trabajado cuarenta años para mover a la Iglesia y a los príncipes cristianos a utilidad pública. Ahora soy pobre, viejo y todavía insisto y hasta la muerte in-

sistiré en el mismo propósito. Que vuestra conciencia sea juez de si esto es fantasía, aunque yo prefiero que nos juzgue Dios, al que no se puede corromper ni engañar.

Llegó Raimundo al Concilio y aunque éste había sido convocado para fines muy distintos, dejóse influir y ganar por el Reverendo Maestro. Se fundaron colegios en los que se aprendiera el árabe y las otras lenguas de los infieles, se ordenó que un diezmo de los bienes eclesiásticos fuese reservado para las guerras con los sarracenos y hasta algunas disposiciones llamadas *Clementinas* parecen responder a las peticiones de Raimundo.

No solamente en la conversión de los infieles se afanaba Raimundo Lulio en el fructuoso declinar de su vida, sino también por la instrucción de los fieles. Por este tiempo escribió en Mallorca numerosas obras predicables, llenas de celo y en enero del año 1312 dió fin al libro *De virtus e peccat*, también llamado *Arte mayor de Predicación*. En este libro enseñaba como era necesario reformar la predicación católica, pues a pesar de las abundantes predicaciones, cada día se multiplicaban los pecados.

Ochenta años contaba ya Raimundo Lulio, que eran, repletos de sufrimientos y vigili-
 as, pesada carga que hacia la tierra le inclinaban. Era ya hora de que dispusiera de aquellas cosas que había disfrutado, por gracia de Nuestro Señor. Y Raimundo escribió su testamento, en la forma siguiente :

«Yo, Raimundo Lulio, gozando de salud corporal, de entero entendimiento y de plena memoria, con firme palabra hago y ordeno mi testamento. En este testamento elijo mis albaceas a Pedro de Sentmenat, mi yerno, Guillermo Arnau, Francisco Renovart y Jaime de Aies. A los cuales, mis dichos albaceas, dejo a cada uno veinte sueldos reales menudos de Mallorca por los trabajos que la ejecución de mi testamento les proporcione. Otrosí dejo a Domingo Lulio, mi hijo y a Magdalena, mi hija, mujer de dicho Pedro Sentmenat, a cada uno de ellos, veinte sueldos. Otrosí, dejo a los frailes predicadores y a los frailes menores y a las mujeres de Santa Clara y a las mujeres de la penitencia y a los niños huérfanos, a cada uno de estos lugares, diez sueldos. Otrosí, dejo a la obra de las iglesias parroquiales de

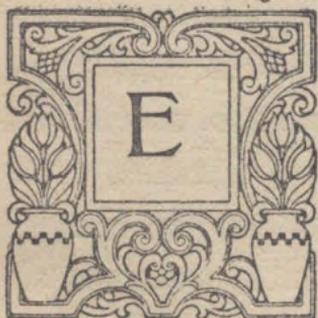
Mallorca cinco sueldos. Y a la Obra de la Bienaventurada Nuestra Señora la Virgen María de la Seo de Mallorca, diez sueldos».

A Francisco Renovart había entregado anteriormente, en depósito, ciento cuarenta libras y dos sueldos reales menudos de Mallorca. Debían ser las escasas rentas de los bienes que le habían quedado. Este dinero, como todos los que esperaba tener a la hora de su muerte, quería que se repartieran así :

«Quiero y mando que se hagan y escriban en pergamino, en latín y en romance aquellos libros que, mediante la gracia de Dios, nuevamente he compilado. Los sermones comprendidos en ellos que nuevamente he concluído y compilado son ciento ochenta y dos. También está allí contenido el libro de los seis silogismos. Ordena después que sus libros sean colocados dentro de un armario, con una cadena, en la iglesia a la que los entregarán sus albaceas para que los pueda ver y leer cualquiera que quiera, en la misma iglesia. Por último, al Monasterio de la Real deja un cofre con todos los libros que contiene y que le guarda su yerno.

XI

EL FIN DE UNA VIDA GLORIOSA



El 14 de agosto de 1314 embarcó nuevamente Raimundo Lulio para tierras de infieles. Acudió a despedirle a los muelles buen golpe de gente, a la cabeza de la cual iban los señores jurados de Mallorca que, como cuantos le vieron embarcar, le expresaron su sentimiento por esta separación y por lo peligroso del viaje.

Llegó Raimundo Lulio, sin mayores contratiempos, a Bujia. Para inaugurar su último apostolado se vistió de moro, confiando en que, bajo el traje que mentía la fe de Mahoma podría entrar y salir en las casas, evangelizando en los oídos de cada uno aque-

llo que no podía predicar en la plaza pública.

De Bujia se supone que pasó a Túnez, la misma tierra de donde en otro tiempo fuera violentamente expulsado. Para que su apostolado no se frustase ni comprometiese, solicitó Raimundo Lulio recomendaciones del Rey Don Jaime II de Aragón, el cual le escribió afectuosamente desde Lérida, incluyéndole cartas para el rey de Túnez y otras personas de gran valimiento. En la dirigida al rey le decía que «teniendo entendido que Raimundo Lulio, natural nuestro, está en vuestra ciudad de Túnez, en la que le place habitar y estar, como conocemos al dicho Raimundo Lulio que es hombre de bien y sabio y de buena vida y al que amamos, os recomendamos al dicho Raimundo para que lo tengáis en la vuestra gracia...»

Raimundo no había olvidado, pese a los años pasados, sus primeros discípulos. Cinco sarracenos de los que conoció en su primer viaje y a los que había instruído en la ley de Cristo, recibieron las aguas del bautismo.

Con ardor juvenil trabajaba Raimundo en

su doble tarea. Para ser ayudado, dirigió una nueva carta al rey Jaime II a fin de que dispusiera que se le uniese en Túnez su discípulo Fr. Simón de Puigcerdá. El rey don Jaime escribió al Padre Guardián de los Menores de Lérida y pocos días después recibió y conversó con el propio Fr. Simón.

Desde Túnez volvió Raimundo a Bujia y este fué su postrero viaje. Los detalles exactos de su muerte se pierden en un misterio arrebolado de sangre. Según Nicolás de Pax, hombre doctísimo y uno de los primeros catedráticos de Alcalá de Henares, Raimundo Lulio se mantuvo al principio oculto entre los mercaderes y comerciantes europeos y, sin ruido, comenzó por tratar secretamente con aquellos moros de los cuales ya era amigo por haberlos iniciado en la doctrina católica. Pero al poco tiempo, arrebatado por su fe traspasó los límites de la prudencia y salió valerosamente a la plaza pública de la ciudad para repetir sus loas de la ley cristiana, al tiempo que denigraba y juzgaba como una locura confiar en la de Mahoma, llena de obscenidades.

—Recordaos—decía a los que se detenían

a escucharle—que soy el mismo que tiempo atrás echaron de aquí y de Túnez, porque vuestro rey temía que mis razones os convencieran y os hicierais cristianos. Ahora vuelvo con la sola esperanza de encarrilaros por el camino de la salvación. Vengo decidido a predicaros la verdad, sin que me hagan retroceder ni promesas, ni amenazas ni motivo alguno de prudencia.

No obstante la conversión de algunos moros y de que otros le escuchaban piadosamente, el gentío se amotinó y furioso contra Raimundo le arrastraron, entre insultos y golpes al Palacio del rey. Por orden de éste se le arrojó, fuertemente atado, a una tenebrosa prisión. Le golpearon de tal manera que la carne se le separaba de los huesos, mientras él, a imitación de lo que Jesucristo hiciera, rogaba a Dios fervorosamente por los que le maltrataban. Un biógrafo afirma que no sólo fueron las heridas de palos y armas, de las cuales heridas corría la sangre abundantemente, sino que tal era la furia de sus agresores que hasta mordiscos le dieron, arrancándole trozos de carne.

Reunido entre tanto el rey con su conse-

jo, determinaron que Raimundo fuese muerto a pedradas.

Le sacaron, para cumplir la sentencia, fuera de la prisión, llevándole, rodeado de una turbulenta multitud al lugar del suplicio, en las afueras de la ciudad. De todas partes llovían los insultos y los golpes, mientras Raimundo Lulio, sereno y sonriente, todavía predicaba la fe de Cristo, contento de ver coronados sus esfuerzos y de ofrecer la vida por su Dios, como tantas veces había deseado.

Vestido con una túnica blanca, en la que sus infames torturadores habían pintado alegorías coránicas, con su blanca cabellera de apóstol y sus barbas de profeta, Lulio avanzaba por el camino que conducía al lugar del suplicio, sereno y reposado, sin prestar oídos a los soeces insultos de la plebe, sin aparentar sentir el dolor de los golpes que recibía... En su faz noble, por la que corría un hilillo de sangre que le manaba de una herida de la frente, se advertía la serena templanza de su alma de mártir.

A su lado caminaban dos viejos santones musulmanes que mascullaban unos rezos que

de vez en cuando interrumpían para dirigir groseros apóstrofes a Raimundo. Detrás los soldados del Rey de Bujia marchaban con las cimitarras desenvainadas para evitar que la plebe se lanzara sobre el preso y lo matara antes de llegar al suplicio a que se le había condenado por el tribunal.

Era una mañana primaveral, luminosa y riente, y Lulio caminaba absorto en la contemplación de la naturaleza que más que para ser teatro de un bárbaro crimen parecía dispuesta para una gran fiesta de poesía y de juventud.

—Cuando admiro toda esta hermosura y pienso en la inmensa bondad de nuestro Creador—dijo Lulio a sus atormentadores—lo único que lamento es no disponer de cien vidas para ofrendárselas.

—Calla, perro cristiano—le gritó uno de los santones—pues sino callas en seguida ordenaré que te corten la lengua.

—No me importa que me cercenéis esta lengua con la que tantos herejes he convertido, pues me basta que el cerebro piense y el corazón sienta para venerar a mi amado Criador.

Irritado entonces el viejo santón, dió un brutal empujón a Lulio, diciéndole :

—Besa esta tierra que está bendecida por Mahoma.

El brusco empujón, hizo caer de bruces a Raimundo. El santón, empujando con uno de sus pies la cabeza de nuestro mártir, le repetía airadamente :

—Besa la tierra.

Y Raimundo entonces contestó :

—Sí, la beso, porque esta tierra miserable ha sido hollada por el pie de Jesús.

Y con sus labios ensangrentados, besó el suelo polvoriento y caldeado de aquella tierra africana.

Los santones y los feroces guardias que le rodeaban quedaron admirados de tan firme tenacidad unida a tan mansa y resignada modestia. Y ya durante el resto de aquel camino trágico no volvieron a molestarle.

Al fin llegaron a un montículo que era el lugar destinado para el suplicio de Raimundo.

Con todo el aparato judicial que requería tal caso, se procedió a la siniestra ceremonia.

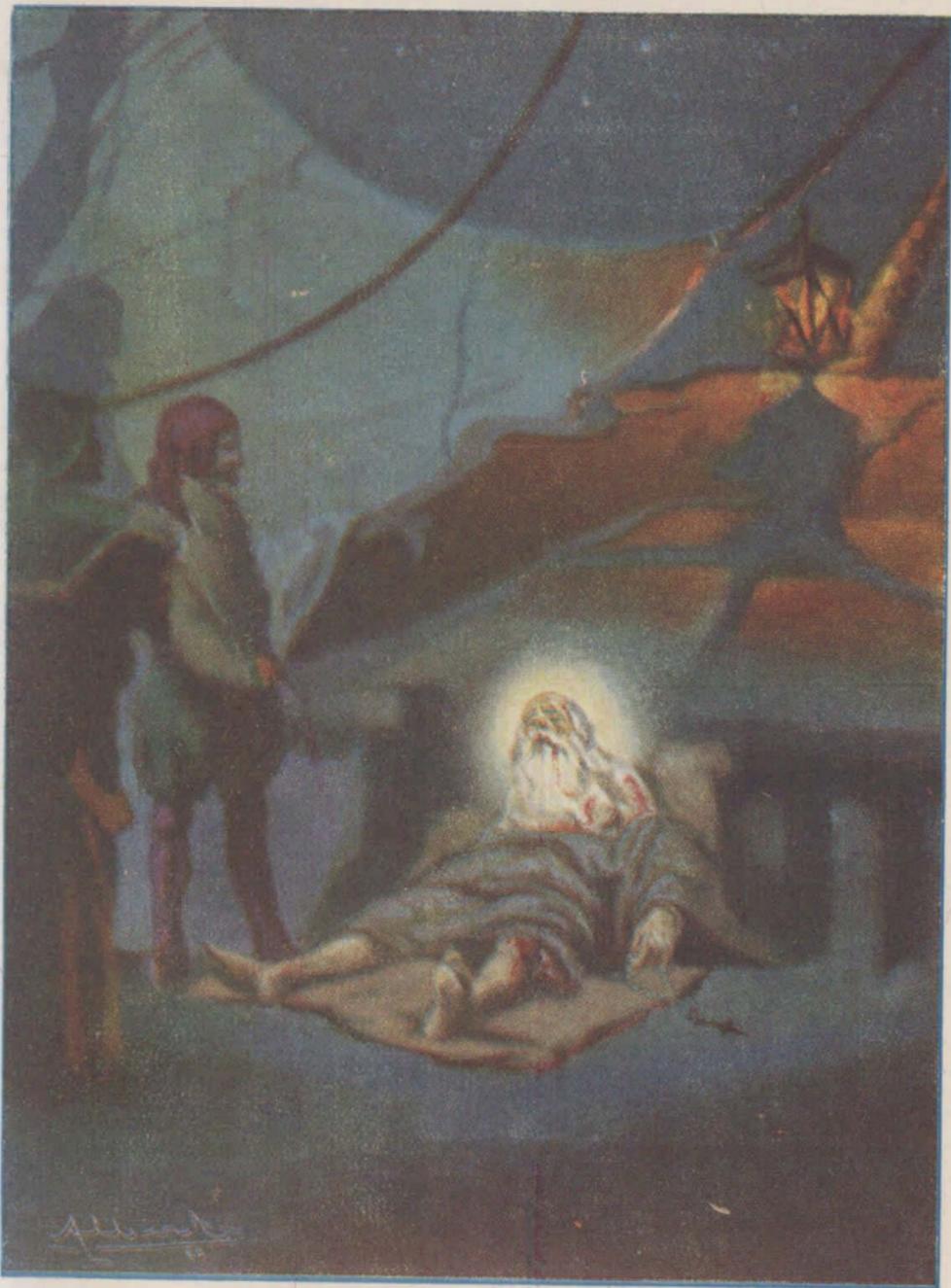
El Rey, con toda su corte, favoritas y guardias de honor ocupó una tribuna adornada con ricos brocateles que le estaba destinada.

Raimundo no parecía advertir todo aquel fúnebre aparato, pues su única preocupación en aquellos momentos era rezar para que su alma fuera bien acogida por el Altísimo.

Cuando los santones hubieron terminado de rezar sus bárbaras liturgias, el verdugo, un etíope atlético y brutal, cogió a Raimundo llevándolo hasta un cepo que había sido instalado previamente, y lo sujetó a él férreamente, de modo que no pudiera hacer ningún movimiento.

Después, a una seña del cadí, el verdugo lanzó sobre Lulio la primera piedra. En seguida toda la turbamulta comenzó a lanzar guijarros sobre el mártir. Durante media hora, aquella turba fanática estuvo arrojando piedras sobre el cuerpo ensangrentado del anciano indefenso.

A cabo de este tiempo el cuerpo del mártir estaba sepultado entre las piedras.



... cerca de la isla Cabrera entregó Raimundo,

Como, en la época a que nos referimos al hablar del martirio y muerte de Raimundo Lulio, Bujia era una ciudad muy comercial, siempre había en ella gente que procedía de todas las costas mediterráneas. Unos mercaderes genoveses que conocían a Raimundo y hubieron de presenciar su muerte, pidieron permiso al rey para llevarse el cuerpo de Raimundo, toda vez que habían de hacerse a la mar aquella misma noche.

Obtenido el permiso — cuenta la tradición—les guió, para encontrar lo que buscaban, un resplandor que subía del montón de piedras bajo el cual encontraron el cuerpo de Raimundo, todavía con vida.

Con todo cuidado trasladaron al moribundo a su nave, procurándole seguidamente aquellos remedios que creyeron necesarios y oportunos para conservar el débil aliento del mártir, que todavía respiraba. Pocas horas más tarde se hicieron a la mar, dirigiéndose hacia Mallorca. Pero al siguiente día y cerca de la isla de Cabrera entregó Raimundo, en un gran suspiro de liberación y de contento, su alma al Creador.

Trataron los genoveses, entonces, de lle-

vase aquel santo cuerpo a su tierra, pero los vientos les obligaron a entrar en la bahía de Mallorca y una fuerza sobrenatural inmovilizó el navío cuando, pasada la tempestad, intentaron nuevamente partir. Acatando, suspensos y maravillados, la voluntad de Dios, saltaron a tierra para dar aviso del tesoro que en su nave traían.

Esta relación está del todo conforme con las tradiciones mallorquinas y con las antiguas memorias de los cuales tomaron sus relatos todos los que han escrito hablando del martirio y muerte del Bienaventurado Raimundo Lulio.

XII

ACERCA DEL CULTO SAGRADO Y PÚBLICO QUE SE TRIBUTÓ AL BEATO RAIMUNDO LULIO.



Están acordes todos los historiadores mallorquines en afirmar que así que en la ciudad tuvieron noticia de que en la nave genovesa amarrada en Portopí se hallaba el cadáver ensangrentado de Raimundo Lulio, salió de Mallorca una solemnísimá procesión en la que además del obispo y del clero secular y regular iban el lugarteniente general de la isla, jurados, nobleza y todo el pueblo. Y mientras todas las campanas de Mallorca repicaban, el cuerpo del mártir era conducido a su ciudad natal, entre el indes-

criptible gozo de los mallorquines que recobraban tan preciado tesoro.

Tal era la devoción que traspasaba los corazones, que hasta se salían los enfermos a los portales y ventanas para que al pasar el cuerpo del Santo recobrasen la salud, como así les sucedió a muchos de ellos.

Habíase determinado enterrar el cuerpo de Raimundo Lulio en la fosa que la familia poseía en la iglesia parroquial de Santa Eulalia, no sin la protesta de muchos que, entendiendo que la Iglesia habría de canonizarlo al poco tiempo, no creían conveniente enterrarlo junto con otros, sino en lugar aparte y más digno de recibir los actos de veneración del pueblo cristiano.

Entre razones y disputas seguía caminando la procesión, sin que prevaleciera la opinión de que el cuerpo de Raimundo debía ser enterrado en la iglesia de San Francisco hasta que sucedió lo que declara el rector de la iglesia parroquial de la Santa Cruz en el proceso de canonización instruído en 1612 con las siguientes palabras :

--Habiéndolo pedido (el cuerpo) los frailes franciscanos, porque perteneció a la or-

den tercera de dicha religión y no queriéndoselo dar, Dios fué servido de hacer un tan gran milagro como fué que teniendo al cuerpo hacia la plaza Nueva, que es vista de Santa Eulalia, los que lo llevaron nunca pudieron pasar adelante para entrar en dicha iglesia. Visto este milagro determinaron llevarlo a San Francisco, entendiendo que así era la voluntad de Dios y los que lo conducían pudieron entonces ir libremente y colocarlo en dicha iglesia de San Francisco, en la cual hoy día está reservado... Todo lo que declaro lo sé así por la tradición antigua de nuestros mayores y antepasados como por haberlo leído en actas y diversos libros auténticos y verdaderos.

Depositado provisionalmente en un arca de madera de la sacristía de San Francisco, allí se le veneraba como santo. Mucha gente—dice Escolano en su «Historia de Valencia»—acudía a verle y a tomar sus reliquias».

Siempre con la autorización del prelado diocesano se incoaron varios procesos para obtener de Roma la canonización del Beato Raimundo Lulio, mártir. Finalmente y después de numerosas pruebas de los milagros

realizados por los restos de Raimundo, el 13 de febrero de 1904, el obispo, clero y fieles de Mallorca pidieron al Papa la confirmación del culto sagrado y público que de tiempo inmemorial se da en las islas Baleares al Beato Raimundo Lulio. La causa fué despachada favorablemente por la Sagrada Congregación de Ritos el 11 de abril de 1905, habiendo sido relator de la misma el cardenal Vives y Tutó, gran devoto del Beato mallorquín. En el documento quedan victoriosamente refutadas todas las dificultades que contra su ortodoxia podían presentarse.

